



UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL SARMIENTO

MAESTRÍA EN ECONOMÍA SOCIAL

II EDICIÓN (2005-2007)

NOCIÓN DE TRABAJO EN LAS ESTRATEGIAS DE VIDA DE MUJERES
MICROEMPREENDEDORAS. ESTUDIO EN EL BARRIO ALTO COMEDERO
DE SAN SALVADOR DE JUJUY

TESIS PARA OPTAR AL TÍTULO DE MAESTRA EN ECONOMÍA SOCIAL

CLAUDIA ANDREA LÓPEZ DÍAZ

DIRECTORA: MARÍA CRISTINA CRAVINO

19 DE JUNIO DE 2016

*“Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos, caminos sobre el mar.*

*Nunca perseguí la gloria ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción; yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles, como pompas de jabón.*

*Me gusta verlos pintarse de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar súbitamente y quebrarse...*

Nunca perseguí la gloria.

*Caminante, son tus huellas el camino y nada más;
caminante, no hay camino, se hace camino al andar.*

*Al andar se hace camino y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.*

Caminante no hay camino sino estelas en la mar...”

Antonio Machado

De este camino recorrido le doy gracias a:

Las mujeres del Barrio Alto Comedero en San Salvador de Jujuy que me permitieron ser parte de sus vidas, entrar en sus casas y poder visibilizar parte de su cotidiano en esta tesis.

La Maestría en Economía Social y a su Director José Luis Coraggio, quien me dio la oportunidad de ser parte del gran grupo de compañeros de la MAES II, quienes más que amigos se convirtieron en mi familia en un país donde era extranjera pero no extraña.

Cada uno de mis docentes con quienes aprendí cosas inimaginables.

Mi directora de tesis María Cristina Cravino quien me guió en este largo proceso.

Natalia, quien más que mi amiga es mi hermana.

Alejandro, gracias por todo el apoyo y la paciencia, sin vos esto no hubiera sido posible.

Mi madre, en quien me inspiré para hacer esta tesis.

Cada uno de mis amigos, gracias por estar allí.

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	3
CAPITULO I. METAMORFOSIS DEL TRABAJO. ROL ASUMIDO POR	
LA MUJER EN EL MERCADO LABORAL Y LA FAMILIA	20
Introducción	20
1. Definiciones de trabajo. Diferencias entre trabajo y empleo en las	
experiencias de vida	21
2. Trabajo Doméstico	32
3. Unidades domésticas: entre lo privado y lo público	34
4. Emprendimientos: entre lo reproductivo y lo productivo	38
5. Economía Popular. Lo reproductivo como base de lo productivo desde el rol	
asumido por la mujer en los emprendimientos de servicios, producción y	
comercialización	41
6. Prácticas y saberes domésticos en espacios, tiempos y redes mercantiles.....	45
CAPITULO II. ROL DE LA MUJER EN LA JEFATURA DEL HOGAR Y EN LOS	
DIFERENTES CICLOS DE VIDA FAMILIAR.....	51
Introducción	51
1. ¿Jefe o Jefa de hogar?	52
2. Institucionalización de unidades domésticas de acuerdo con el rol asumido,	
los ciclos de vida familiar y la asignación de tareas dentro del hogar	55
CAPÍTULO III. HIBRIDACIÓN DE RECURSOS SOCIALES, FAMILIARES Y	
ECONÓMICOS	63
Introducción	63
1. Microemprendimientos mercantiles.....	66
2. Trabajo formal e informal	74
3. Programas sociales	80
3.1. Ser parte de un movimiento social. Beneficios y responsabilidades	86
3.2. Cuando no se es parte de un movimiento social. La mirada de quien	
no pertenece	91
CONCLUSIONES: TODAS LAS ECONOMIAS EN UN SOLO LUGAR	99
BIBLIOGRAFÍA	104

INTRODUCCIÓN

La presente investigación surgió de mi participación en el proyecto del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), denominado “Acciones para la reducción de la pobreza y mejora de las condiciones de vida de madres y niños en Argentina, Paraguay y Uruguay”. Durante los años 2009 y 2010 desarrollé tareas de implementación del programa de financiamiento y formación en microcrédito¹ en las provincias de Salta y Jujuy, con el fin de promover la formación de bancos comunales².

Tal implementación fue una labor conjunta de PNUD y la Cooperación Internacional Italiana (CII). Se eligió una organización de la Provincia de Salta y una de Jujuy con experiencia en trabajo comunitario, apoyándolas con transferencia de fondos económicos y con transferencia metodológica. En particular, brindé transferencia metodológica a la ONG Proyecto Jujuy para la creación y gestión de bancos comunales atendiendo, principalmente, los procesos de organización y formación dentro del proceso crediticio.

1 Carbonetti, Muñoz, Ozomek y Verbeke (2007) especifican que este servicio financiero está dirigido a personas con un bajo nivel de ingreso que realizan actividades socioeconómicas en pequeña escala, generalmente de autoempleo.

2 Meyer (2012) define el banco comunal como “una organización barrial que se autogestiona. Cada grupo está compuesto por un mínimo de siete personas, llegando a contar incluso con más de 20 integrantes. El único requisito para participar, además del espíritu para trabajar en equipo que se le pide a sus integrantes, en su mayoría mujeres, es que ya se encuentren desarrollando un emprendimiento o que lo hayan estado haciendo en el último tiempo. De esta manera, cada socio -nombre que adquieren los emprendedores en los bancos comunales- recibe un crédito individual con posibilidad de crecimiento progresivo, cuya garantía necesaria es la confianza y el cumplimiento de su propio grupo. Asimismo, el destino del crédito puede ser fortalecer el emprendimiento o mejorar la vivienda”.

La ONG Proyecto Jujuy poseía una gran trayectoria en diversos barrios de la ciudad de San Salvador de Jujuy, especialmente, en el barrio Alto Comedero³ ubicado en los límites de la zona sur. Movimientos sociales como la Asociación de Trabajadores Desocupados (ATD), la Corriente Clasista y Combativa (CCC) y, en especial, la Asociación Barrial Túpac Amaru (ABTA), influían en la organización barrial y ejecución de recursos destinados a salud, educación y vivienda del barrio Alto Comedero.

Con el apoyo de PNUD y la CII, la ONG Proyecto Jujuy creó el Programa AYNI⁴ para el financiamiento de bancos comunales. Bajo el Programa AYNI se crearon más de 24 bancos comunales conformados por grupos de 12 a 16 personas, en especial mujeres pertenecientes a los sectores populares más vulnerables de la zona. A través del Programa AYNI estas mujeres lograron obtener microcréditos para invertir en sus microemprendimientos de producción, servicios o reventa de productos.

Durante el apoyo metodológico a los 13 bancos comunales del Programa AYNI que existían, se generaron algunas inquietudes generales respecto a las estrategias y recursos de subsistencia generados por estas mujeres. Inquietudes que más adelante fueron problematizadas conceptualmente para depurar el tema y objeto de investigación.

La depuración de preguntas provisionales hacia la elaboración de preguntas científicas se fue afinando, fundamentándose, en las primeras observaciones. Con

3 El barrio Alto Comedero concentraba la tercera parte del total de la población de San Salvador de Jujuy. Su alto crecimiento demográfico se debe a que recibe permanentemente migrantes del interior de la provincia de Jujuy, de la vecina provincia de Salta y de países con los que limita, particularmente Bolivia.

4 Palabra Quechua originada a partir de una forma de vida y de trabajo colectivo practicada por los pueblos originarios y basada en relaciones de cooperación, complementariedad y reciprocidad.

base en el trabajo de campo fueron construyéndose los conceptos necesarios que permitieran rastrear y analizar las realidades estudiadas, conforme se avanzó en la recolección de datos, el análisis y la discusión de los hallazgos, la escritura y los ajustes finales de la tesis.

Se asumió el posicionamiento ontológico que la realidad es una construcción social en incesante transformación⁵. Partiendo de la teoría fundamentada, la depuración conceptual se basó en datos empíricos concretos, rastreados en el trabajo de campo, y no en categorías conceptuales provenientes de teorías científicas elaboradas por la “voz experta” en el tema de investigación correspondiente, que reprodujeran e impusieran verdades parciales, bajos intereses políticos o académicos particulares⁶.

5 La realidad como una construcción social parte de la demostración, argumentativa y empírica, que no existe una realidad preexistente e independiente de la actividad mental y del lenguaje humano. Lo que las personas llaman mundo o realidad es el producto de los recursos, estrategias simbólicas y acciones físicas del artista, del arquitecto, del político, del científico, o de cualquier sujeto en su vida cotidiana. Estos argumentos se sustentan en procesos humanos como la percepción, en tanto no puede haber percepción sin conceptos (Goodman, 1976; 1978; 1984; citado en Bruner, 1988). Si el mundo objetivo es construido con productos mentales (Kant, 2010), entonces el mundo material que estudia la física es más bien un universo psicológico (Russell, 1988). Es así como los marcos de la naturaleza son “conceptualización en un noventa y nueve por ciento y observación en un uno por ciento” (Quine, 1978; citado en Bruner, 1988:108). Las realidades sociales son construidas por los sujetos, simbólica y físicamente, actuando sobre aquello que parece tener relaciones de causa y efecto, e igualmente, interactuando y comunicándose con aquello que parece organizarse en función de las intenciones (Bruner, 1988). Según Gergen (2007), las acciones, entre al menos dos interlocutores, ayudan a delimitar los significados que legitiman, simbólicamente, una realidad social. Significados, entendidos como acuerdos sociales, que alimentan el despliegue físico de los sujetos para construir y darle existencia material a esa realidad social (Bruner, 1988). Dichos significados están abiertos a múltiples resignificaciones conforme se transforma el proceso relacional y sus elementos, puesto que las formas relacionales son desplegadas de acuerdo con la ubicación histórico-cultural que ocupe el individuo en un momento, espacio y proceso particular de su vida (Gergen, 2007). En consecuencia, la incesante transformación de la realidad social es orientada por las múltiples formas relacionales que se establecen constantemente, desplegando así distintas construcciones simbólicas y materiales, y mediada por las diferentes ubicaciones histórico-culturales de los sujetos que pertenecen a una comunidad o grupo social particular.

6 El anarquista epistemológico Paul Karl Feyerabend (1981) destaca las aproximaciones *ad hoc* como un posicionamiento epistemológico fundamental para seleccionar metodologías y construir conceptos que posibiliten el análisis de inconsistencias en el contraste empírico con la explicación teórica, especialmente considerando realidades en transformación incesante, sin depurar, obviar, descartar, negar o integrar a conceptualizaciones más generales los procesos, relaciones, dinámicas, regulaciones y discontinuidades que emergen en los datos empíricos y que resultan inconsistentes con la teoría. Feyerabend da múltiples ejemplos para demostrar cómo en la historia occidental las ciencias, especialmente las ciencias naturales y exactas, han progresado mediante procedimientos contrainductivos, es decir, elaborando, introduciendo y propagando hipótesis inconsistentes frente a teorías y conceptualizaciones consensuadas y legitimadas por diversas corrientes, escuelas y tradiciones científicas, permitiendo así desentrañar “lo otro invisibilizado” y “los espacios vacíos”. De acuerdo con el programa político de la decolonialidad del poder y del saber, las categorías conceptuales, impuestas históricamente por las Ciencias Sociales y Humanas, han invisibilizado la complejidad y densidad de realidades sociales latinoamericanas en incesante transformación. Para este grupo de autores, Latinoamérica está en un momento de efervescencia en el que hay un intento explícito por hacer frente al orden discursivo colonial, construyendo teorías sin disciplinas (e indisciplinando, a su vez, las Ciencias Sociales y Humanas), posibilitando el desentrañamiento y la comprensión de “un otro-no occidental”, de “un paradigma otro”, de “un conocimiento otro”, “un pensamiento otro” y de “mundos y conocimientos de otro modo”. El reto poscolonial de las Ciencias Sociales y Humanas contemporáneas, al analizar las nuevas configuraciones de poder en el proceso de globalización que está

En el proceso de análisis y discusión se evitó generalizar supuestos ideológicos con el ánimo de legitimar científicamente verdades políticas o económicas en la discusión de los hallazgos. Por ende, las herramientas conceptuales que se apropiaron de otros autores tienen la intención de potenciar el análisis, más que buscar desacreditar teóricamente hallazgos incómodos en relación con conceptualizaciones de autores respetados, o más que pretender verificar, contrastando empíricamente, hallazgos convenientes para distintos grupos de interés.

Sólo se apropiaron herramientas conceptuales que emergieron de otros contextos y ubicaciones histórico-culturales, cuando resultaron pertinentes y fueron adecuadas, localmente, para desentrañar, más densamente, la complejidad específica de la realidad estudiada. Siguiendo este orden de ideas, las realidades sociales, en incesante transformación, merecen ser escudriñadas a través de un estudio de caso, posibilitando así su comprensión en mayor profundidad y complejidad.

Epistemológicamente el estudio de caso se separa de lecturas y análisis científicos de carácter universalista. También se aleja de interpretaciones generales basadas en metarelatos de procesos históricos y políticos de carácter global, nacional o regional. Por una parte, tales elucubraciones teóricas se constituyen bajo procesos histórico-culturales ajenos a la realidad social estudiada, basando sus interpretaciones, ideológica y conceptualmente, en otros contextos y objetos de estudio⁷. Por otra

viviendo Latinoamérica, es rastrear y comprender la tensión local-global sin caer en los esencialismos de los metarelatos y de las teorías científicas elaboradas por la voz experta. En este contexto, el posicionamiento epistemológico contrainductivo se articula con el proceder de la teoría fundamentada (Glaser y Strauss, 1967; Jones, Manzelli y Pecheny, 2007; Strauss y Corbin, 1994), asumiendo que la construcción de los conceptos y las elaboraciones teóricas se fundamentan en datos empíricos, específicos y ubicados histórico-culturalmente, que les dan sustento.

7 Son múltiples los ejemplos de teorías y conceptualizaciones de las ciencias sociales y humanas que si bien se desarrollaron como modelos heurísticos para comprender objetos de estudio específicos en un contexto histórico-cultural particular, se

parte, los metarelatos resultan incapaces de describir o explicar en detalle la pluralidad de experiencias de vida que emergieron localmente.

Más bien, el potencial descriptivo del estudio de caso se basó en rastrear la especificidad de las experiencias de vida. Permitted rastrear esas experiencias en relación con los sujetos que construyeron constantemente realidades sociales. Posibilitó el escudriñamiento de la construcción de esas realidades en el juego particular de relatos, subjetividades, relaciones, procesos, prácticas y saberes, orientados por apropiaciones, simbólicas y materiales, de acuerdo con ubicaciones y contextos históricos y culturales concretos.

El estudio de caso validó científicamente los datos al rastrear más densamente cómo los sujetos desplegaron su existencia material, no sólo a través de diversas acciones y estrategias en relación con el trabajo, sino también mediante distintos usos de aquellos espacios que crearon y de los recursos a los que accedieron y apropiaron para la subsistencia de su grupo familiar.

El estudio de caso también validó científicamente los datos al no propender lecturas o conclusiones esencialistas acerca de cómo le otorgaron legitimidad simbólica a la existencia de su realidad social cotidiana. Tal legitimidad fue expresada en los

establecieron como herramientas conceptuales ampliamente aceptadas en la comunidad científica latinoamericana y, por ende, muchas se siguen aplicando, sin mayor interpelación, para explicar la densidad y complejidad particular de distintas realidades en los países latinoamericanos. Los objetos de estudio que sirvieron de base para construir estas teorías y herramientas conceptuales, orientadas hacia la generalización de las descripciones y explicaciones, emergieron principalmente en los países centrales. Luego se proliferaron como discursos universales del proceder científico, fundamentados en métodos, técnicas y herramientas conceptuales, legitimándose en la comunidad científica para explicar fenómenos locales. Un grupo de ejemplos que evidencia estas condiciones locales de emergencia y la exportación de estos objetos de estudio, expresada en la formación de discursos científicos, hegemónicos y universales, se señala en la obra de Michel Foucault. Foucault intentó liberarse de una historia continua, racional, cohesionada y con tendencia a la completitud en sus descripciones y explicaciones. Historia que abarca varios de los problemas referentes al dominio de los saberes y de las prácticas: la lingüística, la etnología, la mitología, el análisis literario, la economía. Especialmente, en la *Arqueología del saber* (1987) emprendió una búsqueda acerca de cómo se constituyeron localmente diferentes dominios, objetos, conceptos, etc., a partir de su desentrañamiento histórico. Foucault tomó como base para su examen tres de sus principales investigaciones: *Historia de la locura*, *El nacimiento de la clínica*, y *Las palabras y las cosas*.

sentidos y significados que construyeron, narrativamente, respecto a los posicionamientos éticos y políticos con los cuales se identificaron.

Es así como la construcción conceptual del problema de investigación, fundamentada en los datos, la llevé adelante observando cuatro veces al día, durante más de dos años, las reuniones del Programa AYNÍ que se llevaron a cabo cada quince días en fecha y horario acordado por sus miembros. Durante estas observaciones corroboré la veracidad de la información solicitada en las evaluaciones socioeconómicas, aplicadas a las mujeres como condición para acceder al microcrédito.

Las conversaciones informales entre las mujeres, observadas durante estas reuniones, también me permitieron advertir la existencia de múltiples espacios de trabajo, el uso de distintos recursos y la generación de diferentes estrategias de subsistencia. En el registro de las evaluaciones socioeconómicas para acceder al crédito y demostrar su capacidad de pago, aparecieron estrategias de subsistencia y recursos generados por los microemprendimientos, trabajos no registrados, ingresos generados por otros miembros del grupo familiar, becas de estudio y programas sociales⁸.

8 Durante 2009 y 2010 a nivel nacional se estaban realizando muchos cambios económicos y políticos que afectaban el día a día de estas mujeres. Uno de los principales programas asistencialistas que beneficiaron a estas mujeres, mediante una asignación mensual, fue el “Plan de jefes y jefas de hogar desocupados” creado en el 2002. El Plan se transformó durante los gobiernos kirchneristas (2003-2012), especialmente en el 2007, conteniendo a dos poblaciones específicas. En el caso de la población desempleada se otorgó un seguro de desempleo denominado “Seguro de Empleo y Capacitación”, dependiente del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. En el caso de la población vulnerable se creó el programa “Familias por la Inclusión Social”, dependiente del Ministerio de Desarrollo Social. Este último le otorgó a la jefa de familia un subsidio por cada hijo en edad escolar. Para acceder, obligatoriamente se debía cumplir con los controles sanitarios y la asistencia escolar de los niños. Durante el gobierno de Cristina Fernández (2008-2012), el “Plan Jefes y Jefas” se transformó en la “Asignación Universal por Hijo” (AUH), decretando la universalización de asignaciones familiares. La AUH pasó a cargo de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES), pagando mensualmente a uno de los padres por cada hijo de hasta 18 años a su cargo y de forma permanente en el caso de los discapacitados. La AUH era incompatible con cualquier otro plan social, los cuales fueron absorbidos y sustituidos por esta asignación. Para una mayor ampliación se puede consultar a Alonso y Di Costa (2011) respecto a las transformaciones producidas en las políticas sociales argentinas durante el período de los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011).

La recolección de datos que sustentó la construcción conceptual, se orientó desde el enfoque biográfico de la narrativa⁹. Al indagar la narrativa se asumió el posicionamiento epistemológico que mediante los relatos de las mujeres se fundamenta y valida, científica, ética y políticamente, la realidad social que construyeron en sus vivencias cotidianas. La narrativa posibilitó que las mujeres significaran y reinterpretaran sus experiencias de vida, legitimando su realidad, y a sí mismas, desde su propia voz.

Es así como las verdades éticas y políticas de los procesos económicos y sociales que emergieron, se sustentaron en el juego de acciones, relaciones y procesos de legitimación simbólica que construyeron las mujeres en la cotidianidad de sus experiencias de vida, y que se expresó en sus narrativas. La narrativa efectivamente pronunciada delimitó tanto las realidades sociales específicas a discutir, como las experiencias de vida que configuraron el estudio de caso a analizar en esta investigación.

⁹ La comprensión, reflexión y acción de los sujetos en el mundo se puede rastrear en su narrativa. A través de su narrativa los sujetos se otorgan coherencia a sí mismos en sus experiencias de vida (Olivares, 2010) y se identifican con aquellas realidades sociales que instituyen y legitiman, simbólicamente, en un juego de significados construidos intersubjetivamente (Bruner, 1988). Siguiendo a Berger y Luckmann (2001), las múltiples realidades sociales que construyen, incesantemente, los sujetos, se sostienen en un conjunto de fenómenos simbólicos y materiales. Tales fenómenos son independientes de la experiencia inmediata por medio de la cual se organizan, intersubjetivamente, distintas relaciones entre saberes, prácticas y objetos. El proceso de percibir una realidad, legitimarla y desplegarla en diferentes esferas sociales, es posibilitado por la consciencia de los sujetos que en su cotidianidad hay una organización de relaciones que sostienen las realidades sociales en las que viven. En tales relaciones emergen diferentes productos y procesos por medio de la actividad e interacción humana. La construcción intersubjetiva de las realidades sociales es la base de toda negociación y acuerdo humano. Es así como la intersubjetividad provee coherencia, identidad y legitimidad a la realidad social. Tal realidad es construida en torno a los significados que permiten la comprensión mutua y el despliegue de hechos entendibles para un grupo social. Estos significados, expresados como acuerdos intersubjetivos, posibilitan la construcción simbólica y material de una comunidad y de una sociedad (Berger y Luckmann, 2001). Los sujetos son instituidos por la sociedad y, a su vez, instituyen la sociedad a través de prácticas y saberes legitimadores o deslegitimadores. Según Castoriadis (1998), en su condición humana de sujetos instituidos e instituyentes, pueden reproducir, heterónomamente, la lógica conjuntista-identitaria dominante que sostiene institucionalmente las sociedades, o pueden transformar estructuras simbólicas y materiales opresoras con base en la autonomía social e individual. Las prácticas y saberes que instituyen, simbólicamente y materialmente, la economía o la política y sus procesos, también reproducen o transfiguran realidades sociales construidas intersubjetivamente. Por ende, su estudio merece un rastreo en las experiencias de vida, poniendo el foco en la transformación incesante de las relaciones intersubjetivas, e indagando el despliegue de procesos económicos o políticos desde ubicaciones histórico-culturales, únicas e irrepetibles. La narración permite que el sujeto se actualice y posicione con un rol social particular desde el que construye su realidad, configurando redes de significados co-construidas en las culturas locales (Estrada, 2010). Cuando el sujeto narra su historia la resignifica, evitando que el investigador busque infinitamente los orígenes de los procesos subjetivos y sociales, dado que su narrativa no es una suma de experiencias recuperadas desde la memoria, sino más bien una resignificación de sus experiencias vitales (García, 2004).

Mediante entrevistas semiestructuradas se rastrearon, en sus narrativas, las estrategias, recursos y espacios creados para la subsistencia de estas mujeres. La recolección de estos datos se realizó en sus casas, consultando a las mujeres en varias oportunidades durante los años 2010 y 2011. Las mujeres seleccionadas para el estudio de caso configuraron, así, realidades sociales desde distintas formas simbólicas y materiales que estuvieron determinadas por situaciones, relaciones y procesos económicos, políticos y familiares concretos, influyendo de múltiples maneras en sus experiencias de vida.

Las mujeres relataron cómo satisfacían algunas necesidades básicas, tales como la alimentación y la vivienda, en el contexto de los programas de seguridad alimentaria gestionados barrialmente por los movimientos sociales del Alto Comedero. Según los relatos de las mujeres que accedieron a estos programas estatales, por medio de los movimientos sociales que los administraban y otorgaban en el barrio, el acceso a los recursos de subsistencia fue condicionado a cambio de participar activamente y trabajar bajo la bandera del movimiento social correspondiente.

Es así como la adherencia, o no, a los movimientos sociales, me permitió identificar y seleccionar dos grupos de sujetos que posibilitara la contrastación de experiencias de vida respecto al acceso y uso de recursos. Si bien las mujeres entrevistadas compartían problemáticas similares, algunas incluso se conocían entre sí, el pertenecer o no a uno de los movimientos sociales de la zona marcó la diferencia entre ellas. En sus relatos, las mujeres que no pertenecían a los movimientos sociales, estigmatizaron a vecinas que sí pertenecían, sin desconocer que tal pertenencia les permitió acceder a recursos para satisfacer necesidades básicas de su grupo familiar.

En las reuniones se generó un vínculo especial con nueve mujeres que pertenecían al Programa AYNI, seleccionándolas considerando como criterio adicional su permanencia durante mínimo ocho meses dentro del programa de microcrédito y dentro del rubro de su emprendimiento (servicios, producción y reventa).

El estudio de caso se delimitó a estas nueve mujeres para ser entrevistadas con el fin de rastrear sus experiencias de vida. Se seleccionó a Marina, Tamara y Ana que eran parte activa de los movimientos sociales. Por su parte, Noelia fue apoyada por tales organizaciones en actividades específicas. Mientras que Candelaria, Josefina, Karina, Rosa y Raquel no fueron parte de ningún movimiento social.

A excepción de Raquel, las mujeres seleccionadas fueron beneficiadas por algún programa social, en especial la Asignación Universal por Hijo (AUH), o habían participado de algún programa de seguridad alimentaria. Fueron diversos los usos de los programas sociales aunque, en las experiencias de vida narradas, emergieron principalmente con fines de contención, satisfaciendo una necesidad específica e inmediata.

Es así como en el contexto histórico-cultural de las nueve mujeres seleccionadas no sólo se señala la importancia de rastrear su cotidianidad como parte de grupos sociales vulnerables y excluidos, cultural, política y económicamente, sino también su convivencia, en una zona periférica del norte argentino, con movimientos sociales que influyeron en la organización barrial y en la administración de recursos estatales destinados al barrio Alto Comedero.

El contexto histórico-cultural del estudio de caso también se ubicó en torno a las experiencias de vida de las mujeres seleccionadas, las cuales cubrieron el rango de

los 19 a los 52 años de edad, asumiendo distintos roles en la búsqueda de recursos, generación de espacios productivos y estrategias para satisfacer las necesidades básicas, de acuerdo con el número de hijos, las distintas edades y responsabilidades de los miembros que componían el grupo familiar. Grupos familiares que, a su vez, se encontraban en el ciclo de inicio, consolidación o salida de los hijos hacia la conformación de su propio hogar.

En las experiencias de vida narradas, algunas mujeres, en este contexto histórico-cultural, asumieron su microemprendimiento como una forma de adquirir independencia familiar y económica. En general, se constituyeron como jefas de hogar no sólo por haber estado separadas de su pareja, sino por el lugar que llegaron a ocupar dentro del grupo familiar.

En los relatos de algunas mujeres, los microemprendimientos aparecieron como actividades de tipo productivo realizadas dentro de sus hogares, generándose tales espacios a partir de crisis económicas y familiares. Estos microemprendimientos que se convirtieron en una forma de ingreso familiar, surgieron de actividades reproductivas como la elaboración de alimentos. En las experiencias de vida narradas, tales actividades fueron consideradas por los miembros de la familia como responsabilidades femeninas para el sostenimiento familiar.

Emergió así un movimiento constante, tanto entre un rol productivo y un rol reproductivo, como entre la esfera pública y la esfera privada, constituyéndose unidades domésticas en un juego de espacios, tiempos, relaciones, prácticas y saberes, desplegado desde el trabajo doméstico y desde el rol social asumido por las mujeres microempendedoras.

Con base en los datos que emergieron de las experiencias de vida de las nueve mujeres seleccionadas para el estudio de caso, el grupo de inquietudes generales, respecto a las estrategias, espacios y recursos de subsistencia generados por estas mujeres, se construyó conceptualmente en relación con el tema de la economía popular a la que pertenecen las mujeres seleccionadas para la investigación. Este tipo de economía hace referencia al conjunto de actividades económicas y no económicas que son desarrolladas por los sectores populares. Permite a sus integrantes satisfacer sus necesidades básicas haciendo uso de los recursos que tengan disponibles.

El proceso de depuración conceptual, rastreando en sus narrativas las inquietudes generales planteadas anteriormente, permitió construir un problema de investigación. Tal problema se fue construyendo en torno a la tensión entre las políticas nacionales, constituidas como recursos asistencialistas en la experiencia de vida de las mujeres, la fuerte influencia de los movimientos sociales en los procesos de implementación de tales políticas, los recursos y estrategias económicas alternativas de las mujeres desde lo productivo y reproductivo.

El problema de investigación se concretó empíricamente, rastreando en las experiencias de vida de las mujeres seleccionadas estos procesos y relaciones, a partir de la pregunta de cómo se instituye en sus realidades sociales la noción de trabajo.

La pregunta de investigación se concretó mediante el objetivo general de indagar el trabajo como noción construida intersubjetivamente, fundamentada en las experiencias de vida de las mujeres del Alto Comedero. El objetivo general se desplegó en tres objetivos específicos. A partir del primer objetivo específico se

rastreó la noción de trabajo y su relación con el uso, por parte de las mujeres, de los espacios de creación y desarrollo de microemprendimientos económicos.

Con base en el segundo objetivo específico, se indagó la relación entre lo productivo y lo reproductivo, revisando en particular cómo la creación de estos emprendimientos se relacionó con el ciclo de vida familiar. Bajo la guía del tercer objetivo específico, se identificó la existencia de recursos, tangibles y no tangibles, que constituyeron una hibridación de recursos como parte de las estrategias de vida de las mujeres microempendedoras entrevistadas.

La noción de trabajo, como objeto de estudio concretizado en los objetivos de investigación mencionados anteriormente, se analizará en los tres capítulos desarrollados a continuación. En el primer capítulo se rastreará, en los relatos de las entrevistadas, cómo aparecieron diferencias, conceptuales y prácticas, entre las nociones de trabajo y empleo. La construcción y legitimación social de estas nociones se fundamentó en sus experiencias laborales.

Tales nociones aparecieron respecto a actividades laborales específicas. También emergieron respecto a formas y relaciones macrosociales que instituyeron el trabajo y/o el empleo de manera particular en su vida cotidiana (p. ej., expresadas en condiciones estructurales, mecanismos o procesos inequitativos de acceso al mercado laboral, o de acceso a la seguridad social, como lo es la jubilación o el sistema de salud).

En el primer capítulo también se analiza cómo las mujeres tuvieron que recurrir a alternativas para subsistir y satisfacer las necesidades de su grupo familiar, en el contexto de la denominada “crisis del fin del trabajo”. En sus experiencias de vida

asumieron un rol familiar, desplegado en torno al trabajo doméstico, satisfaciendo necesidades psicológicas y físicas de su grupo familiar y trabajando, simultáneamente, en sus microemprendimientos, emergiendo así tensiones entre la esfera pública y la esfera privada, y entre las actividades productivas y las actividades reproductivas.

Finalmente, en el primer capítulo se revisará cómo en el juego de estas tensiones, sus microemprendimientos de servicios, producción y comercialización, no sólo se inscribieron en una economía popular, sino también en un conjunto de espacios, tiempos y redes mercantiles. El juego de tensiones, así como múltiples demandas reproductivas y productivas, requirió que las mujeres desplegaran un amplio repertorio de prácticas y saberes en sus unidades domésticas.

La demanda de trabajo permanente en su esfera privada, despojándoles de sus espacios y tiempos de ocio y descanso, además de las bajas remuneraciones y sobrecarga en jornadas de trabajo, sin afiliarse a los sistemas estatales de seguridad y protección social, ubicó a las mujeres en condiciones de flexibilización y precariedad laboral.

En el segundo capítulo se analizará cómo las mujeres asumieron un doble rol social en sus unidades domésticas, al responsabilizarse y trabajar llevando adelante múltiples actividades productivas y reproductivas. El rol de las mujeres como jefes de hogar, a su vez, se apareció tensionado por el aporte que se hacía al ingreso económico familiar y por el reconocimiento simbólico como figuras de autoridad, influenciando así el mantenimiento o la transformación de relaciones de poder patriarcales dentro de la unidad doméstica.

En algunos casos las mujeres asumieron la jefatura de hogar, tomando las decisiones acerca de la distribución de los ingresos del hogar y asignando tareas en relación con actividades productivas y reproductivas, gracias a que sus microemprendimientos generaron el ingreso principal de su grupo familiar y/o que fueron reconocidas por los otros miembros como figuras de autoridad legítimas. En otros casos se mantuvieron relaciones de poder patriarcales, al ser los hombres las figuras de autoridad legítimas por aportar el mayor ingreso económico en sus hogares, a pesar que las mujeres no abandonaron su doble responsabilidad en el rol productivo y reproductivo que asumieron en sus unidades domésticas.

A su vez, las unidades domésticas se instituyeron a partir de este doble rol social. Rol que se asumió de acuerdo con el microemprendimiento elegido y en tensión con distintos ciclos de vida familiar, en términos de tipos de familia conformadas en hogares monoparentales o nucleares, número de hijos y edades. Es así como las unidades domésticas se instituyeron en un juego particular de espacios, prácticas, saberes y relaciones, desplegado desde el trabajo en la simultaneidad de un rol productivo, orientado a sus microemprendimientos y actividades remuneradas, y de un rol reproductivo, orientado a satisfacer las necesidades familiares de acuerdo con los ciclos de vida familiar y la asignación de tareas a los demás miembros.

En el tercer capítulo se discutirá cómo las mujeres microempendedoras, por medio de su trabajo, hibridaron recursos sociales, económicos y familiares, como una estrategia para la subsistencia y el mantenimiento de la vida de todos los miembros de la unidad doméstica. Al ser excluidas como sujetos de derecho, en el contexto de la denominada crisis del mundo del trabajo, estratégicamente hibridaron distintos recursos.

Según cada experiencia de vida, tales recursos fueron creados a partir del trabajo en sus microemprendimientos mercantiles, generados desde el trabajo formal e informal, y/o provenientes del trabajo participando en distintos programas sociales. A través de su trabajo generaron y buscaron recursos alternativos, decantando diferentes circuitos de satisfacción en las unidades domésticas. En cada caso, las mujeres, en calidad de agentes sociales, instituyeron procesos y relaciones al interior de su unidad doméstica, y al exterior con otros espacios y grupos sociales.

En torno al trabajo que desplegaron desde sus microemprendimientos para generar recursos económicos, familiares y sociales, las mujeres instituyeron procesos y relaciones con los distintos miembros al interior de sus unidades domésticas. En la decantación de diferentes circuitos de satisfacción, emergieron procesos y relaciones de poder, de contención ante crisis familiares, de prácticas y saberes intergeneracionales, así como procesos y relaciones productivas y reproductivas. En uno de los casos, se instituyeron procesos y relaciones de intercambio de la unidad doméstica con el Estado y con agrupaciones sociales y políticas del barrio.

En la hibridación estratégica de trabajo formal e informal, desde las unidades domésticas se generaron recursos económicos, cuyo mayor aporte se hizo desde el trabajo informal. También se generaron recursos sociales que ofrecieron seguridad y protección social desde el trabajo formal, instituyéndose procesos y relaciones con la contención estatal, en la decantación de circuitos de satisfacción. Igualmente, desde el trabajo informal, se utilizaron recursos familiares en el intercambio con otros espacios de producción y consumo, instituyendo procesos y relaciones de producción de bienes y prestación de servicios.

El trabajo que desplegaron las mujeres entrevistadas en su participación respecto a programas sociales, permitió que hibridaran recursos sociales y económicos. En los relatos de las mujeres, la satisfacción de necesidades de sus unidades domésticas, decantó en un juego de procesos y relaciones de clientelismo con aquellos movimientos sociales que administraban y otorgaban programas sociales, al exigirles trabajo, participación y compromiso político, en contraprestación. En otros casos, la generación de recursos sociales y económicos, provenientes de programas sociales que no fueron administrados y otorgados por las organizaciones políticas barriales, instituyeron procesos y relaciones de contención y/o exclusión estatal.

En los casos de las mujeres que fueron beneficiadas por programas sociales, otorgados por los movimientos sociales de la zona encargados de administrarlos, relataron cómo desplegaron su trabajo en contraprestación de tales beneficios. Narraron cómo, a partir de los beneficios otorgados, generaron recursos económicos y sociales, no sólo para satisfacer necesidades de su unidad doméstica sino también de unidades domésticas vecinas, invirtiendo su tiempo y fuerza de trabajo bajo la bandera de la organización política correspondiente.

En la mayoría de los casos, al verse obligadas a asumir una responsabilidad con los movimientos sociales, instituyeron procesos y relaciones de compromiso político y movilización con las organizaciones políticas del barrio Alto Comedero, demandándoles trabajo adicional al trabajo mediante el cual hibridaron recursos no provenientes de los programas sociales.

En los relatos de otras mujeres que no pertenecían a los movimientos sociales ni se beneficiaron de ellos, se estigmatizaron los procesos y relaciones de intercambio,

simbólico e instrumental, entre unidades domésticas familiares y organizaciones políticas barriales. Sus relatos acerca de las motivaciones, acciones, prácticas y condiciones de vida de los sujetos involucrados en ese intercambio, se desencadenaron desde significantes acerca de los beneficios otorgados y de la utilidad que representaron las mujeres beneficiadas para el movimiento social.

Como parte de las conclusiones finales de la tesis se destaca cómo la noción de trabajo, en tanto objeto de estudio e hilo argumentativo que le dio coherencia y cohesión al desarrollo de los tres capítulos que se presentarán a continuación, emergió en las experiencias de vida narradas como práctica, saber, actividad, proceso y relación. El trabajo más que una simple noción o elucubración conceptual, se instituyó, desplegó y legitimó en las realidades sociales de las mujeres, construidas intersubjetivamente, en el intercambio, simbólico e instrumental, de producción y consumo entre distintas unidades domésticas.

Al interior de la unidad doméstica y en el intercambio con otros espacios y/o grupos sociales, el trabajo apareció en los relatos como objeto articulador entre la esfera social pública y esfera social privada de las mujeres. Con base en los datos, la mujer apareció como agente social de su unidad doméstica y como sujeto articulador que desplegó su trabajo, simultáneamente, creando espacios y asumiendo roles productivos y reproductivos.

Respecto a los análisis, discusión y conclusiones, lejos de centrarse en favorecer o criticar posiciones científicas, académicas, intelectuales, políticas o de otros discursos, como investigadora pretendo mostrar, con la mayor honestidad y transparencia posible, realidades sociales y sujetos que merecen ser visibilizados.

CAPITULO I

METAMORFOSIS DEL TRABAJO. ROL ASUMIDO POR LA MUJER EN EL MERCADO LABORAL Y LA FAMILIA

Introducción

En este capítulo analizaremos a qué nos referimos cuando hablamos de “trabajo” y la relación existente entre trabajo y género. Nos abocaremos a las formas que tienen las mujeres para articular aspectos vinculados a lo “productivo” y lo “reproductivo”. En particular, se revisará cómo las mujeres emprendedoras definen “trabajo doméstico” y su relación con la economía popular.

El capítulo se organizará en seis partes. En el primer apartado se hace un breve recorrido sobre los cambios generados a partir de la denominada “crisis del fin del trabajo” y cómo dentro de esta crisis, parte de la población, recurre a otras alternativas para satisfacer sus necesidades y las de su grupo familiar. En el segundo, tercer y cuarto apartado, con base en las historias de vida de las entrevistadas, veremos las tensiones que emergieron en torno al trabajo doméstico, entre esfera privada y pública, y entre actividades reproductivas y productivas.

En el quinto apartado, fundamentándose en una perspectiva de género de las actividades reproductivas como base de las actividades productivas, encarnadas en el rol que asumieron las mujeres mediante el trabajo doméstico, se revisará cómo sus

empresarios de servicios, producción y comercialización, se inscribieron en la denominada Economía Popular. El último apartado analizará cómo el conjunto de espacios, tiempos y redes involucradas en tales actividades, configuró procesos de flexibilización y precariedad laboral, así como prácticas y saberes mercantiles.

1. Definiciones de trabajo. Diferencias entre trabajo y empleo en las experiencias de vida

La noción de trabajo es interpelada constantemente por los cambios generados en el contexto de las crisis del fin del trabajo (Neffa, 2001), por las transformaciones tecnológicas, por la flexibilización laboral (Castel, 2006), por la existencia de un nuevo régimen de acumulación, por el deterioro del mercado laboral (Gorz, 1998) y sus repercusiones en las condiciones de vida de la población.

No obstante, estas definiciones teórico-ideológicas y universalistas, se fundamentan en construcciones sociales concretas, asociadas a una cultura, a una historia, a un sistema económico y, en definitiva, a una sociedad determinada. Según Alonso (1999) el trabajo se significa históricamente, en un sistema de relaciones simbólicas entre sujetos con experiencias y modos de vida particulares.

Más adelante se analizará cómo el trabajo no sólo es construido conceptualmente por las mujeres entrevistadas, sino que además se legitima en la vida cotidiana a través de distintas estrategias, prácticas, saberes, relaciones, redes, espacios, tiempos y procesos desplegados desde la intersubjetividad. Por lo tanto, el trabajo no se reduce

a la noción, percepción o concepto del sujeto o de un grupo social, sino que existe y se legitima, simbólica y materialmente, en la vida cotidiana de una comunidad y/o sociedad.

En nuestras sociedades el trabajo ha emergido como concepto considerando distintos procesos histórico-culturales. Por ejemplo, como una forma de inserción de los sujetos en el flujo de intercambios sociales, establecida socialmente y testimoniada por la remuneración económica. De acuerdo con Gorz (1998), el trabajo se identifica por las competencias socialmente definidas, puestas en funcionamiento según procedimientos socialmente determinados.

Además de insertar a los sujetos en el ejercicio de prácticas, saberes e intercambios socialmente estructurados, el trabajo aparece como actividad y como proceso de transformación. Siguiendo a Enrique De la Garza Toledo (2001), la transformación de un objeto de trabajo resulta de la actividad humana.

Tal actividad involucra la interacción entre sujetos y exige cierto nivel de conciencia acerca de las metas, resultados y la manera de lograrlos, transformando, a su vez, a los sujetos que la realizan. De la Garza Toledo señala la importancia de contextualizar históricamente esta definición general.

A pesar de estas múltiples dimensiones histórico culturales en las que se constituye la noción de trabajo, en el imaginario social el trabajo es considerado por algunos como una condición o forma de contratación en la que predomina el estado de asalariado o la relación de dependencia, es decir, aquel contrato que cuenta con todas garantías laborales brindadas por la formalidad de un empleo. Empero, el sistema laboral actual constantemente expulsa la fuerza de trabajo, a través de contratos flexibles que

son o no renovados cada cierto tiempo, siendo el trabajador quien asume todas las responsabilidades impositivas del sistema.

Los relatos de las mujeres, a partir de los cuales se delimitaron las nociones de trabajo fundamentadas y legitimadas en sus experiencias de vida, emergieron en este contexto de precariedad que define gran parte de la situación actual del mercado laboral y la tensión con los imaginarios sociales construidos en torno a insertarse socialmente en un conjunto de prácticas, saberes, intercambios, actividades y procesos respaldados por garantías y condiciones formales de trabajo.

La “actividad”, el “empleo” y el “trabajo”, son tres dimensiones conceptuales que, usadas indistintamente por diferentes disciplinas, permiten interpelar herramientas conceptuales, legitimadas científicamente, contrastándose con los relatos de las mujeres entrevistadas respecto a las nociones de trabajo y de empleo que construyeron desde sus estrategias y experiencias de vida. Distintas disciplinas científicas definen, académicamente, el empleo en torno a procesos y relaciones respecto a la actividad, mientras que el trabajo es considerado en términos de las formas y relaciones estructurales que lo instituyen socialmente:

el concepto de actividad proviene fundamentalmente de la economía que se ha ocupado, en términos generales y por extensión, respecto a las mujeres, de la actividad y del empleo más que del trabajo. [...] Cuando se aborda la problemática en términos de “empleo”, son formas de acceso al mercado de trabajo: actividad, inactividad, precariedad, estabilidad, paro, trabajo a tiempo parcial. [...] Los que atienden fundamentalmente al “trabajo” hacen referencia a sectores de actividad, cualificación, carreras profesionales, salarios, condiciones de trabajo, formas de organización y de control del trabajo, relaciones socio laborales (Borderías y Carrasco, 1994:46).

Las mujeres entrevistadas crearon sus propios trabajos a través de pequeñas y medianas microempresas o microemprendimientos. Estos trabajos fueron creados en

el juego de actividades económicas, mecanismos de acceso al mercado de trabajo y el conjunto, socialmente legitimado, de procesos, prácticas, saberes, intercambios y estructuras institucionales en el que se insertan, simbólicamente y materialmente, los sujetos. Las concepciones de trabajo y empleo de las mujeres entrevistadas, fueron elaboradas desde su experiencia personal, respecto a cómo lograron obtener los recursos para satisfacer las necesidades de su grupo familiar.

Todas las mujeres fueron parte de un programa de microcrédito en la zona del Alto Comedero y sus emprendimientos se constituyeron como la fuente principal o complementaria de su economía familiar. El acceder a algún plan social o ser beneficiadas por recursos brindados mediante programas sociales, por ejemplo el bolsón de comida, debían retribuirlo trabajando cierta cantidad de horas en lugares establecidos por el Estado, tales como escuelas, movimientos sociales, oficinas públicas, entre otros.

Fueron diversas sus respuestas en relación con el concepto de trabajo. Algunas de ellas lo consideraron una actividad física y un sacrificio, para otras tuvo un sentido de inserción social. Por su parte, el concepto de empleo tuvo varias connotaciones. Se asoció a las actividades laborales bajo relación de dependencia y las garantías de salario fijo o acceso al sistema de salud. También se relacionó con la sensación de depender de un tercero y someterse a decisiones tomadas por otros. Igualmente se conceptualizó en torno a la discriminación, al ser excluidas del mercado laboral por la edad o por no tener la formación académica requerida.

Es así como las experiencias de vida de las mujeres entrevistadas interpelaron las nociones académicas y disciplinares de empleo, concebido en torno al acceso y

desarrollo de distintas actividades, y de trabajo, entendido en términos de los elementos estructurales que lo instituyen en la sociedad.

Si bien, en las experiencias de vida de las mujeres se rescataron elementos conceptuales de las dos nociones científicas, el trabajo se desplegó más como una actividad y el empleo más como las condiciones estructurales que lo instituyen en formas particulares, simbólicas y materiales, dentro de sus realidades sociales. Es decir, en la mayoría de las realidades sociales construidas intersubjetivamente, el trabajo y el empleo fueron desplegados, en la cotidianidad laboral de estas mujeres, como significados opuestos a las definiciones científicas.

Con base en sus 40 años de experiencia de vida, Candelaria asoció el trabajo a una actividad, tomando como ejemplo su emprendimiento: “hago el pan o algún albañil hace una casa, es un trabajo”. Mientras que el empleo lo asoció al trabajo en relación de dependencia: “un empleo es empleado. [...] Un empleado es que cobra, que tiene su sueldo mensual o quincenal y ya tiene su trabajo en blanco”.

Josefina, con una edad de 48 años, estableció una diferencia con Candelaria, al definir el trabajo no como una actividad, sino como una reivindicación. En su experiencia de vida, huyó del maltrato físico de su expareja y procuró reivindicarse, mejorando su calidad de vida, al asumir el rol de cabeza de hogar. Esta reivindicación de Josefina puede interpretarse en términos de condiciones estructurales de la sociedad ligados al trabajo, al narrar cómo en su experiencia de vida logró transfigurar relaciones de poder patriarcales. Josefina coincidió con Candelaria al instituir el empleo, en su experiencia laboral, como una forma de dependencia. Josefina lo narró así:

El trabajo para mí es fundamental. Es básico en la vida del hombre y de la mujer. El trabajo te da fuerzas. Yo vengo a trabajar y me siento bien conmigo misma, siento que crezco y que puedo. Para mí eso es trabajo. Empleo es depender de alguien. Siempre de alguien. A mí no me gusta.

El trabajo fue señalado como una actividad económica en el caso de Karina. En su experiencia de vida lo instituyó en términos de “trabajo, negocio, comercio”. A sus 35 años de edad, relató que tuvo que renunciar a su “trabajo”, en una heladería bajo relación de dependencia, cuando nació su hija mayor. Por su parte, el empleo lo conceptualizó, desde su experiencia de vida, en términos de las condiciones estructurales que lo instituyen, como lo es el acceso a seguridad, en términos de “una oportunidad [risa leve]. Un empleo es algo fijo, algo seguro, algo estable”. En su caso, no pudo asumir su rol de madre con ingresos permanentes y acceso a seguridad social.

Al igual que Candelaria y Karina, Marina con 31 años de edad, asoció el trabajo con actividades o acciones en sí mismas que implican esfuerzo físico, mientras que el empleo lo relacionó con actividades realizadas para otros y con el lugar que ocupa al desarrollar dicha actividad. En palabras de Marina: “hay distintos tipos de trabajo. Trabajo forzado, como trabajando alzando bloques, palos, o sea todo lo que sea hacer trabajo de limpieza en la calle es un trabajo. Como secretaria es un trabajo. [...] Uno dice soy empleado cuando trabaja en casas de familias”.

En relación con la noción de empleo, construida desde la experiencia de vida de Marina, aparecieron relaciones de poder institucionalizantes, expresadas en la condición de ser empleado. Esta condición se significó, intersubjetivamente, no sólo como una relación de dependencia laboral, sino también personal.

Al momento de entrevistar a Noelia tenía 25 años y se desempeñaba, medio tiempo, como secretaria para un partido político de la zona. Debió aceptar este cargo al no hallar ofertas laborales que le permitieran aplicar los conocimientos de su formación profesional en turismo. El cargo involucró responsabilidades de un contrato bajo relación de dependencia, pero no beneficios de seguridad social, debido a que su empleador no la registró laboralmente ante los organismos estatales correspondientes.

En su experiencia de vida Noelia asoció la noción de trabajo como una actividad que requiere esfuerzo y conlleva sentimientos de sacrificio, costos personales que se deben asumir si se quiere obtener el dinero para alcanzar una buena calidad de vida y acceder a bienes materiales. Al no lograr insertarse en el mercado laboral desde la profesión escogida por ella, la noción de empleo se significó en torno a la escasez y sentimientos de resignación.

En su realidad social, el empleo emergió así en un conjunto de procesos, mecanismos y estructuras institucionales, involucradas en la inserción de los sujetos al mercado laboral, que impidieron el ascenso social esperado a partir de su formación profesional. El trabajo, desplegado como actividad, y el empleo, desplegado en términos de sus estructuras y procesos institucionalizantes inequitativos, son narrados de la siguiente manera por Noelia:

De niña siempre tuve el concepto que el trabajo era mucho sacrificio, esfuerzo. La felicidad salir a ganar plata, hacer plata y con la plata conseguir cosas, tener bienes materiales. A la vez tenías que estar reducido a horas, a horas de trabajo, tiempo de mucho sacrificio, tiempo para ir y dejar muchas cosas. [...] Hay que estudiar para tener un trabajo y un buen sueldo. Con un buen sueldo tenés un buen vivir. Con ese buen vivir uno se plantea lo material. Que tengas tu auto, tu casa, y podás administrar a tu familia. Es una mentalidad que tengas tu casa y tu sueldo. Hay otras cosas. Tenés que someterte a cosas que incluso por ahí no

quieres, como levantarse a la mañana. Sufrís por ir a trabajar, por ganar un poco de plata. [...] Para mí la palabra empleo es igual que escasez. Muchas veces uno se prepara y no puede ubicarse, no puede encontrarse. Tiene potenciales que no son descubiertos. Tiene que reprimir determinadas cosas. Lo veo frustrado en Argentina con la situación actual. Empleo es una oportunidad y eso también es bajo sometimiento. No es que uno puede elegir el empleo donde se preparó.

Las nociones académicas de trabajo y empleo, definidas al inicio de este apartado, se acercan más a la experiencia de vida de Raquel. Su realidad social fue construida, intersubjetivamente, desplegando el trabajo como noción referida a las estructuras que lo instituyen socialmente, y desplegando el empleo como noción en torno a las condiciones personales que implica esta actividad.

En su experiencia de vida, el trabajo lo asoció a los procesos, mecanismos y estructuras institucionales inequitativas para la inserción de los sujetos al mercado laboral. En el caso de Noelia estas estructuras y mecanismos de inequidad fueron relacionados con la noción de empleo. En cambio para Raquel, a sus 49 años de edad, la noción de trabajo se desplegó en un sistema estatal inequitativo y discriminador que genera mecanismos de exclusión, filtrando el acceso al mercado laboral por medio de la edad y las características étnico-raciales. Mecanismos de discriminación que sufren la mayoría de las mujeres en el norte argentino.

La estrategia de Raquel fue “estar a la defensiva” frente a las condiciones estructurales del trabajo, reproductoras de desigualdades. Se concentró en tratar de obtener los ingresos suficientes para satisfacer las necesidades de su grupo familiar en el día a día.

La noción de empleo la desplegó en relación con las capacidades personales que se le exigieron para desempeñarse en actividades laborales. En su experiencia de vida la

población económicamente activa, dentro del mercado laboral, es considerada “descartable”. Es así que las expectativas y frustraciones que enfrentó en el proceso de búsqueda de empleo y, en caso de ser seleccionada, la incertidumbre de saber si era contratada, o no, de manera permanente, conllevaron costos emocionales en torno al empleo. Sus experiencias de vida, en relación con la noción de trabajo y con la noción de empleo, son narradas así:

El trabajo tendría que ser igualitario para todos. En una familia póngale son tres integrantes. Por política entran los tres. En otras familias no hay ningún sueldo mensual. Ahí está la discriminación. Por más que tengas estudios si tenés más de 30 años para la sociedad, para el empleador, no les servís. A mí no me cierra por qué siempre cuando nos piden un trabajo te piden hasta los 25 años. Te piden un *currículum* con la foto. ¿Todo para discriminarte si sos negro o blanco? No es igual para todos. [...] Empleo, yo creo que es algo que te toman por tiempo. Por tiempo o que te tienen a prueba. Te toman a prueba por ahí un mes. Te tomamos, te empleamos, pero vamos a ver la capacidad que tenés para vender. Si vos no tenés lo que ellos creen que necesitan para el negocio te dicen: bueno, danos tu número de teléfono y te llamamos dentro de un día, de un mes y se olvidan de vos.

Tamara con una edad de 19 años era la más joven de todas las mujeres entrevistadas. Era la única hija mujer dentro su grupo familiar. Al momento de ser entrevistada su actividad principal era ser parte de la cadena de producción del microemprendimiento familiar. Al tiempo, aprendió del padre el arte de la orfebrería. Es a partir de este rol asumido que ella desplegó su noción de trabajo. Tamara coincidió con la experiencia de vida de otras mujeres entrevistadas, al definir trabajo como una actividad en la que se involucran procesos, habilidades, productos y relaciones de poder al interior de la misma. En su relato el trabajo lo enfocó en la acción de producir una mercancía y llegar al final del proceso económico.

Considerando que en su grupo familiar ningún miembro tuvo actividades laborales por fuera del microemprendimiento, basado en relaciones de solidaridad, para Tamara debería darse una asociación igualitaria donde no hay un jefe y un subordinado. También coincidió con otras experiencias de vida narradas, al definir empleo como relaciones de poder estructurales de la sociedad, en tanto mecanismos instituyentes de dominación y dependencia, simbólicos y materiales, que exceden a la actividad como tal. En este orden de ideas, agregó:

Puedo asimilar que [el trabajo] tiene beneficios. [¿Cuales beneficios?] Dinero, tener más habilidades para aprender más cosas, formas de tener un producto y ver la forma de venderlo. [Empleo] es un trabajo pagado por otra persona. Hacer lo que otra persona te pide que hagas. [...] Todos estamos juntos en una sociedad. No es que alguien aporte más. Todos ayudan.

Finalmente, en su experiencia de vida de 52 años, Rosa desplegó la noción de trabajo como un medio para obtener beneficios y la noción de empleo como distintas actividades en las que no hay beneficios. En contraste con las otras entrevistadas, las nociones de trabajo y empleo se desplegaron como actividades en las que influyeron mecanismos instituyentes de la sociedad, expresados en las relaciones, formales e informales, mediante las cuales los sujetos se insertan en el mercado laboral.

Desplegó la noción de trabajo como una actividad que se realiza por obligación ya que cuando fue empleada estatal, si bien obtuvo aportes a la seguridad social, las tareas llevadas a cabo no fueron de su agrado. Partiendo del lugar físico donde estaba ubicado su emprendimiento de comida casera, actividad económica realizada con el fin de generar un ingreso para resolver las necesidades de su grupo familiar, aludió al trabajo como actividades registradas o bajo relación de dependencia, mientras que el

empleo lo asoció a actividades informales de servicio, como aquellos oficios que generalmente no son registrados:

Trabajar es para tener entrada en la casa, para estar bien. Hay que aprovecharlo ¿no? Mi papá sabía decir “si la plata viene a la casa hay que recibirla con las dos manos, si la plata te viene a buscar entonces no tenés que desaprovechar eso”. [...] En un trabajo estable tenés beneficios. En un empleo vas a las casas de familia o de albañil, trabajadores independientes sin beneficios.

A partir de los relatos de las mujeres entrevistadas, las nociones de trabajo y de empleo aparecieron como construcciones sociales heterogéneas. Su legitimación, simbólica y material, fue desplegada desde distintos procesos histórico culturales. Procesos orientados por sus diferentes edades y experiencia de vida, formación profesional, experiencias de acceso al mercado laboral, roles asumidos en distintas actividades laborales y microemprendimientos dentro su economía familiar.

El rol que asumieron algunas mujeres a nivel familiar y social, legitimó el trabajo como un refugio dentro de un mercado de trabajo hostil, mientras que para otras se legitimó como un espacio de libertad y fundamentado en relaciones de solidaridad familiar. En el conjunto de los relatos el trabajo en tensión con el empleo, emergió como un juego de actividades económicas productivas y reproductivas, procesos de transformación, relaciones de poder verticales y horizontales, prácticas, saberes, mecanismos, procesos y estructuras institucionales de acceso e inserción social.

Las historias de las mujeres entrevistadas y los roles asumidos por ellas dentro del mercado laboral y dentro de los cambios a nivel familiar, demuestran la metamorfosis del trabajo. Siguiendo a Grassi (2009), tal metamorfosis se expresó

tanto en las prácticas al interior de las unidades económicas, como en las circunstancias que justificaron y motivaron sus esfuerzos, desvelos y denuedos.

En los siguientes apartados que componen el presente capítulo, se analizará cómo desde las prácticas cotidianas estas mujeres reivindicaron las actividades de sus microemprendimientos, no sólo por el ingreso económico que generaron, sino por el lugar ganado dentro de la sociedad patriarcal. Las nociones de trabajo y empleo, revisadas en este primer apartado, aparecen apropiadas como parte de un proceso de legitimación. Tal proceso fue encarnado en el rol de empoderamiento e independencia económica asumido por las mujeres entrevistadas, y desplegado en las tensiones existentes entre lo reproductivo y lo productivo.

2. Trabajo Doméstico

Las mujeres entrevistadas definieron el trabajo doméstico, principalmente, como una actividad más que se sumaba a las que desarrollaron cotidianamente. Respecto a las tareas que desarrolló en su hogar, Raquel señaló que no era “remunerativo. No es pagado. [...] Sí es trabajo porque si o si lo tenés que hacer y es parte de vos hacerlo, pero no te lo pagan. Nada más el bienestar de tu familia porque ¿qué sería si no limpias tu casa?”.

En sus experiencias de vida algunas lo delimitaron a múltiples actividades del hogar. Para Marina fue “un trabajo, pero un trabajo en general que se hace en la casa”. Rosa lo asoció a todas las responsabilidades que debía enfrentar, describiéndolo como: “y

bueno yo parezco el pulpo”. Mientras que Karina lo ligó al rol “ser mamá”, Josefina lo consideró una obligación “igual que bañarse, peinarse”. Desde este sentido de obligación, Candelaria y Noelia lo enunciaron como un trabajo de “sacrificio, desgaste y/o pérdida de tiempo”. Tamara señaló que “cuesta, cansa. Uno pierde el tiempo. Podrías estar jugando o haciendo cosas que te gustan. Pero como limpiar y lavar no te gusta, ¡es un trabajo!”.

En estos relatos el trabajo doméstico apareció asociado a la reproducción física y social de los sujetos. Se relacionó con la supervivencia, el bienestar y la satisfacción de necesidades biológicas y psicológicas de las personas que hacen parte de la unidad doméstica (UD). Siguiendo los planteamientos de Natalia Quiroga (2009) acerca de cómo se constituye el trabajo doméstico, a partir de los relatos éste se configuró en términos de funciones, a cargo de mujeres, llevadas a cabo predominantemente en la esfera privada.

Si bien se ha considerado que el trabajo doméstico impacta sólo a nivel micro, ya que es asociado a la familia, tiene implicaciones macro a nivel social y económico. El trabajo doméstico, al que refirieron las mujeres entrevistadas, garantiza la continuidad de la sociedad y del sistema económico actual. Según Antonella Picchio (1994), se espera que las mujeres y la familia mantengan alineada la estructura del sistema social y de producción, absorbiendo sus conflictos y tensiones.

A continuación se revisará cómo la absorción de estos conflictos y tensiones emergió en la relación entre lo reproductivo y lo productivo. Relación que se instituyó en el juego de responsabilidades privadas que asumieron las mujeres no sólo en el hogar,

sino también en la transformación pública de un sinnúmero de bienes y servicios indispensables para el bienestar familiar y social.

Bajo esta relación se instituyeron realidades sociales en la simultaneidad de actividades privadas, no remuneradas, y de actividades públicas, remuneradas, para sostener sus unidades domésticas. En esta simultaneidad de actividades las mujeres se hallaron sometidas a jornadas más largas, en comparación con aquellas jornadas estipuladas para trabajos bajo relación de dependencia.

3. Unidades domésticas: entre lo privado y lo público

El trabajo doméstico se encuentra ligado a problemáticas del trabajo asalariado e informal, en tanto se ha naturalizado como aquellas actividades que deben realizar las mujeres, madres o hijas, en el ámbito familiar. Socialmente se le ha asignado un rol a la mujer y al hombre dentro de la unidad doméstica, determinando así la división sexual del trabajo entre lo reproductivo y lo productivo, entre lo privado y lo público:

La esfera pública (masculina) que estaría centrada en lo llamado social, político y económico-mercantil y regida por criterios de éxito, poder, derechos de libertad y propiedad universales, etc. y relacionada fundamentalmente con la satisfacción de la componente más objetiva (la única reconocida) de las necesidades humanas. Por otra, la privada -o doméstica- (femenina) que estaría centrada en el hogar, basada en lazos afectivos y sentimientos, desprovista de cualquier idea de participación social, política o productiva y relacionada directamente con las necesidades subjetivas (siempre olvidadas) de las personas (Carrasco, 2001:4).

Históricamente el trabajo doméstico ha sido asociado a las actividades reproductivas y atribuido como tarea de las mujeres, exigiéndoles así, compensar los efectos destructivos del mercado laboral y de la fuerza de trabajo. Dentro del funcionamiento del sistema económico, tales efectos serían ajenos al ámbito de las actividades productivas en el que se gestan. Efectos que conforme son más encubiertos, más importante sería el papel de la familia como lugar de contención donde se descargan las tensiones e inseguridades de sus miembros (Picchio, 1994).

En el contexto de la crisis actual del trabajo y de la familia como lugar de contención, la mujer pasó a estar tanto en la esfera privada como en la pública. Las mujeres entrevistadas, constantemente, se encontraron en una dicotomía entre lo privado (doméstico) y lo público (laboral). A partir de crisis económicas o familiares, asumieron la jefatura del hogar y crearon microemprendimientos como estrategia para generar o complementar los ingresos de sus unidades domésticas.

Tales microemprendimientos se fundamentaron en sus experiencias de vida y el rol asumido como mujeres, madres y amas de casa, frente a crisis económicas de sus grupos familiares. En sus realidades sociales, aquellas actividades que históricamente han sido consideradas reproductivas, pasaron a instituirse como actividades productivas. Es el caso de la crisis económica familiar que impulsó a Rosa a crear un microemprendimiento de preparación y venta de comida y que después complementó con un kiosco:

No cobrábamos nada porque él le sirvió de garante a un compañero y le embargaron el sueldo. Después saqué un préstamo para mi hermana y no habíamos pagado. No teníamos, no cobrábamos nada. No había ingresos acá de plata. Como estaban terminando de construir las casas le decía a mi marido “voy a dar pensión”. [...] Tenía una carpa grande, nuevita. La habíamos

comprado y le digo “vos ponéme la carpa y yo voy a dar pensión”. Y así comencé a dar pensión a la gente.

Al fallecer su esposo, Candelaria debió asumir la responsabilidad económica de su grupo familiar y creó un emprendimiento de producción y venta de pan casero para complementar los ingresos que recibía como empleada doméstica. Este emprendimiento que se convirtió en el ingreso familiar principal, surgió cuando ella “tenía un horno chiquito. Empecé a hacer pan todos los fines de semana y trabajé de empleada. Ahora hago pan para vender, hago bollo miñones, maicenitas, bizcochos”.

En el caso de Karina y de Josefina, buscaron alternativas para generar otros ingresos ante crisis familiares. En el curso de estas crisis, provocadas por bajo ingreso de la pareja o falta de éste, llegaron a asumir el rol de jefes de hogar. El proceso de búsqueda de alternativas también derivó en la creación de sus microemprendimientos de comercialización (reventa de productos).

Igualmente, ante la ausencia definitiva del ingreso de la pareja, Marina asumió la jefatura del hogar e inició su emprendimiento de comercialización que complementó con un trabajo no registrado. En los casos de Noelia y Raquel, sus emprendimientos de comercialización se constituyeron como un ingreso complementario para la economía familiar. Es así como los microemprendimientos de Karina, Josefina y Marina les ayudaron a asumir un rol como jefes de hogar, frente a sus crisis familiares, aunque para Marina fue más un ingreso complementario, al igual que en el caso de Noelia y Raquel:

[Karina]: Hace un año y medio que puse un kiosco para sostenernos. Hubo un tiempo que mi marido no ganaba lo suficiente como para alimentarse. No daba para los otros gastos. Además su papa estaba enfermo y él es el mayor. Tenía

que hacerse cargo. Casi no aportaba acá. Hace como cuatro años se puso muy difícil la situación para todos. Entonces yo andaba en los trueques, hacía pan y cambiaba por ropa para ellas cuando eran más chicas. Así empecé a vender palitos de agua, gelatina y fui juntando hasta comprarme un poco de mercadería.

[Josefina]: Vivía con mis suegros. Un día mi marido, que venía enyesado [ebrio], nos echó. Yo tenía mis tres hijos. Entonces busqué un camión y fui a buscar un lote. No me importaba. Tenía que vivir sola con mis hijos. Gracias a Dios conseguí un lugar y entré. Hace veinte años que vivo ahí. Mi primer trabajo fue vender huevos. Compraba cajones y vendía huevos. Después vendía jabón, [papel] higiénico. Fui trabajando en la fruta. Entregando mucha verdura por todo el centro [venta ambulante] con bolsas, con canastas por todos lados. Hasta que un día me establecí y bueno... me pegué un plantón acá [esquina con alta frecuencia de transeúntes, ubicada en San Salvador de Jujuy]. De acá nadie me mueve.

[Marina]: Después de mi separación [del padre de sus hijos] me vine a vivir con mi mamá [debido a que no contaba con el ingreso suficiente para sostener a su familia]. [...] Trabajo macheteando [cortar vegetación con un machete] para una organización con gente desocupada [al no encontrar empleo decidió tomar el trabajo ofrecido por esta organización que se dedica a conseguir trabajos alternativos, en contextos de crisis, a personas en situación de desocupación]. Aparte de eso estoy vendiendo los productos [cosméticos por catálogo].

[Noelia empezó a vender *bijouterie* como un ingreso adicional]: por necesidad primero. [...] En el comité tuve un problema con mis compañeros de trabajo y me devolvieron al sueldo que tenía al principio. Me habían aumentado y después bajado. Fue una verdadera discordia. Entonces el dinero con el que contaba ya no lo tenía. Se me vino todo abajo. Caí en la desesperación porque no tenía la plata. Busqué en el diario y vi una propaganda de Vanesa Duran. Eran joyas y bueno... me interesé.

[Raquel]: coloqué mi verdulería porque ahí fue cuando cayó todo. Habíamos prestado plata y no la devolvieron. Mi salida era eso porque económicamente estábamos mal. Mi marido tenía su trabajo, sigue teniendo el mismo trabajo, pero le pagan cuando ellos quieren porque él está en negro y nunca lo van a blanquear. Además ya se jubila, ya tiene sus treinta años de aporte. Yo hacía cubitos [helados], vendía, pero no era una entrada, no era algo que me mantenga a mí, que yo esté tranquila. Yo pensaba “si él va a trabajar le puede pasar algo de noche”, como va en bicicleta y vuelve en bicicleta. Yo decía “le puede pasar algo en el camino, algún accidente”. Hoy en día la ruta es peligrosa. Yo digo “mejor pongo mi verdulería que es la mejor salida”. Eso me dio una gran ayuda.

En la mayoría de estos relatos las actividades domésticas dejaron de limitarse a la esfera privada para ser parte de la esfera pública, al transformar actividades reproductivas, como la preparación de alimentos, en actividades productivas, como

lo fue la venta de esos alimentos. Desde sus microemprendimientos emergió así una articulación del ámbito privado y del ámbito público, desplegada en las diferentes estrategias de vida generadas por estas mujeres.

Estrategias desplegadas en el ámbito público, mediante las cuales desarrollaron sus microemprendimientos, sin dejar de lado las actividades de protección y cuidado en el ámbito privado. Es así como la complementariedad de las actividades reproductivas y productivas fue indispensable para la subsistencia de sus unidades domésticas.

Dentro de las economías de subsistencia relatadas, retomando a Lourdes Benería (1984), el trabajo doméstico instituyó no sólo actividades de producción, orientadas al consumo familiar, sino también actividades requeridas para reproducir diariamente la fuerza de trabajo, generando así que los bienes de valores de uso se transformaran en bienes de consumo. En el siguiente apartado se analizará cómo las mujeres articularon las actividades reproductivas y productivas en torno a sus microemprendimientos, concebidos como trabajo.

4. Emprendimientos: entre lo reproductivo y lo productivo

En los relatos de las mujeres aparecieron nociones de actividades reproductivas, desplegadas y legitimadas en su cotidianidad, expresadas como: “ser mamá”, “parezco el pulpo” o “un trabajo en general que se hace en la casa”. En sus

experiencias de vida, tales actividades se asociaron a la esfera privada y a los roles asignados a la mujer en sus unidades domésticas.

Sus tiempos de ocio y descanso se vieron reducidos al haber creado microemprendimientos al interior del hogar. Tales microemprendimientos no sólo resolvieron situaciones familiares de escasos recursos económicos, sino que se convirtieron en mecanismos que les permitieron, a su vez, conciliar actividades de tipo doméstico, como el cuidado de los hijos.

En esta doble e imbricada responsabilidad de actividades reproductivas y productivas, las mujeres entrevistadas, en su mayoría, consideraron sus emprendimientos como un trabajo ligado a lo doméstico. La concepción de trabajo y su despliegue, en cada una de sus experiencias de vida, estuvo ligado al tiempo y esfuerzo físico y psicológico que les demandó el microemprendimiento elegido. En sus narrativas, también se ligó a cómo tal microemprendimiento les permitió resolver situaciones de crisis familiares.

En el caso de Marina, consideró que la venta de productos cosméticos por catálogo no le implicó mayor tiempo, mientras que para Rosa el trabajo en el kiosco y la venta de comida casera, fue asociado al ingreso que le generó y a la satisfacción de necesidades de su grupo familiar. Para Karina su microemprendimiento fue un trabajo mediante el cual resolvió las actividades reproductivas y productivas. Si bien le demandó todo su tiempo, le reconfortaba poder estar cerca de sus hijas:

Porque tengo horarios. Me tengo que levantar todos los días temprano. Tengo que recibir el pan, tengo que acomodar, comenzar a atender, limpiar. Tengo que venir y alistarla a ella [señala a su hija] para la escuela. La atiendo, la veo, la despacho para la escuela. A las 10 de la mañana tengo que empezar a cocinar. Atiendo y voy cocinando, porque mi marido a las 12 se va, así que a las 11:30

ya tiene que estar almorzando. Siempre es así. [...] Por lo menos tengo la opción de estar en mi casa con mis hijas. Muchas veces cuando vos salís a trabajar afuera dejás mucho de lado. Cuando trabajaba me pasaba muchas horas afuera y no podía estar. Estaba afuera de lunes a lunes. Ni un domingo pasaba con ellas. Por eso elegí un kiosco [en la historia de vida familiar de Karina su madre también fue emprendedora]. A veces es esclavizante porque tenés que estar todos los días. No tenés feriados, ni descanso. Pero, por lo menos, si se enferman mis nenas yo sé que de ahí voy a sacar para comprar remedios, para comprar pasajes, y si me falta algo lo saco de ahí. Después lo puedo reponer. Trabajo para reponerlo. Por eso más que nada.

Siguiendo a Picchio (1994), la flexibilidad de horarios para cumplir con las actividades reproductivas y productivas, a las que refiere Karina, les exige a las mujeres tareas materiales y cuidado psicológico como parte del trabajo de reproducción. Es así como las diferencias de género aparecieron fundamentadas en el amor que ofrecían y expresaban las mujeres en el cuidado de los otros miembros de la familia, el cual fue exigido y desplegado en términos de trabajo.

Retomando a Picchio (1994), aparecieron diferencias de género en términos de la enorme cantidad de energías que las mujeres dedicaron a otras personas para hacerlas sentirse cuidadas, dentro de un sistema que trata a estas mujeres como mercancías (en uso, destinadas a un uso futuro o fuera de uso). En los relatos acerca de sus microemprendimientos, las actividades productivas emergieron delimitadas a espacios físicos de la unidad doméstica. Es sus experiencias de vida estos espacios de microemprendimiento se asociaron a lo natural, privado, personal, reproductivo y doméstico.

Sin embargo, además de crear microemprendimientos que pudieran ser realizados cerca o en el mismo espacio físico donde residía el grupo familiar, aparecieron otras estrategias a las cuales recurrieron estas mujeres para satisfacer las necesidades de

sus grupos familiares, imbricando las responsabilidades asumidas de las actividades reproductivas y productivas. Tales estrategias aparecieron en torno al apoyo de otros miembros del grupo familiar, en torno a las relaciones vecinales, en torno a la participación en organizaciones sociales y/o en torno al acceder a un programa social.

En el siguiente apartado se revisarán estas estrategias de vida, articuladas en sus microemprendimientos de servicios, producción y comercialización. Con el fin de llevar a cabo tal revisión se analizarán, especialmente, los roles asumidos por las mujeres en el despliegue de sus actividades productivas.

5. Economía Popular. Lo reproductivo como base de lo productivo desde el rol asumido por la mujer en los emprendimientos de servicios, producción y comercialización

Las estrategias de vida construidas en las realidades sociales de cada una de las entrevistadas, transformaron actividades reproductivas en actividades productivas. Estas mujeres hicieron uso de conocimientos, por ejemplo asociados al rol de madre desplegado en actividades como cocinar o cuidar de los hijos, que se convirtieron en trabajos remunerados. No obstante, la economía de mercado actual continúa excluyendo de los sistemas de seguridad social, como lo es la salud o la jubilación, a aquellas actividades de protección y cuidado realizadas, en general, por mujeres.

Estas actividades son necesarias para la sostenibilidad de la vida humana, e indispensables tanto para la reproducción de la fuerza de trabajo como para el desarrollo del mercado de trabajo. Carrasco (2005) sostiene que la economía de mercado ha estereotipado los roles de las mujeres dentro de la familia nuclear, considerándolos menos productivos y supeditados a la producción económica de sus maridos. La autora destaca que los pensadores clásicos de la Historia y la Economía no categorizaron cómo, desde la Revolución Industrial, la mujer ha asumido un rol productivo vital para el funcionamiento del sistema económico. Así lo analiza:

Las mujeres mantienen largas jornadas en la agricultura o trabajan fuera de sus casas. Ya sea en trabajo fabril, como pequeñas comerciantes y buhoneras, como trabajadoras eventuales, niñeras o lavanderas. Trabajos todos ellos absolutamente necesarios para el funcionamiento de la economía mercantil. Ya sea porque están directamente implicados en el mantenimiento de la vida humana (trabajo doméstico y de cuidados) o porque lo están indirectamente (generalmente el salario del trabajador no era suficiente para cubrir los requerimientos del hogar y era necesario que la mujer aportase algún dinero complementario) (Carrasco, 2005:5).

En las experiencias de vida narradas, las mujeres asumieron un rol productivo, al crear microemprendimientos vinculados, en la mayoría de los casos, con actividades para la subsistencia humana. A pesar de pertenecer a sectores vulnerables, se insertaron en la economía mercantil a través de trabajos desplegados en microemprendimientos de servicios, producción o comercialización.

En sus microemprendimientos aparecieron combinaciones variadas de actividades de servicio, comercialización y producción. En el caso de los microemprendimientos de servicio, aparecieron actividades de protección y cuidado para otros, y algunas mujeres se desempeñaron como empleadas domésticas o niñeras. Los microemprendimientos de producción, en las experiencias de vida narradas, se

desplegaron en torno a actividades de elaboración de comidas para la venta. Mientras que los microemprendimientos de comercialización se orientaron a actividades de reventa de productos tales como ropa, cosméticos, alimentos, entre otros.

Con el fin de alcanzar los ingresos suficientes para sostener a sus grupos familiares, algunas de estas actividades aparecieron como las fuentes del ingreso principal, mientras que otras actividades representaron ingresos complementarios. En el caso de Candelaria, su microemprendimiento de producción de pan casero, lo complementó prestando servicios como empleada doméstica.

En el caso de Rosa, su microemprendimiento comercial era un kiosco, en el cual también vendía la comida casera que producía en su hogar. A estos microemprendimientos de producción y comercialización, tuvo que adicionar actividades reproductivas brindando en su casa el programa de seguridad alimentaria “copa de leche”. En algunas ocasiones, brindaba el programa “copa de leche” en su casa “para no ir a trabajar [en la oficina estatal de un político de la zona]”, reemplazo que era posible al ser dos actividades, administradas y coordinadas por la misma organización política, de uno de los movimientos sociales de la zona.

En el caso de Tamara, también brindó el servicio de la “copa de leche” con otro de los movimientos sociales de la zona. Esta actividad reproductiva se adicionó al microemprendimiento familiar en el que participaba Tamara, en donde todos los miembros produjeron *bijouterie* artesanal para aportar a la economía de la unidad doméstica.

Como forma de retribuir la ayuda que obtuvo para conseguir su casa, gracias al movimiento social de la zona al que pertenecía, Ana también brindó merienda a

algunos de los niños del barrio. A su vez, mediante la “copa de leche”, cubrió parte de la alimentación de su grupo familiar.

En su experiencia de vida, este programa de seguridad alimentaria se desplegó no sólo como un complemento a los ingresos generados por su microemprendimiento de producción y venta de comida casera, sino que también se configuró como una responsabilidad adicional a las actividades de comercialización de venta de ropa y a las actividades de prestación de servicios, arreglando de ropa, con el fin de generar ingresos para la subsistencia de su grupo familiar.

En las realidades sociales construidas de Josefina y Raquel, también se rastreó cómo las actividades reproductivas fueron la base de las actividades productivas, instituyendo sus microemprendimientos. Asimismo, la producción y venta de alimentos emergió como una actividad adicional que complementó los ingresos generados por el microemprendimiento de comercialización, orientado a la venta de frutas en el caso de Josefina, y por el microemprendimiento de comercialización, a través de una verdulería en el caso de Raquel:

[Josefina]: En la época que todo el mundo se va de vacaciones, entre enero y febrero, es medio muerto, callado, silencioso. Te cuesta estar en la calle. Tenés que buscar otras salidas. Voy al enero tilcareño [fiesta regional]. Ahí vas y hay plata. Voy como cocinera. Ahí uso mis manos mágicas, como dicen mis hijas “mamá vos tenés unas manos mágicas porque cocinas exquisito, ¡riquísimo!”. Así que gracias a Dios sé cocinar toda la variedad de comidas regionales.

[Raquel]: Cuando veo que la verdulería por ahí decae, depende de la época, hago empanadas o bollo.

Los roles asumidos por las mujeres a través de sus microemprendimientos, y sus estrategias de asociación con otros sujetos y grupos sociales, construidas

intersubjetivamente mediante las actividades de servicio, comercialización y producción que llevaron adelante, les permitieron insertarse en la denominada economía popular. De acuerdo con Sarria y Tiriba (2004), la economía popular se define como:

El conjunto de actividades económicas y prácticas sociales desarrolladas por los sectores populares con miras a garantizar, a través de la utilización de su propia fuerza de trabajo y de los recursos disponibles, la satisfacción de las necesidades básicas, tanto materiales como inmateriales (p.173). [Los trabajadores y trabajadoras son quienes] tienen la posesión individual y/o asociativa de los medios de producción. En vez del empleo de la fuerza de trabajo ajeno, el principio es la utilización de la propia fuerza de trabajo para garantizar no sólo la subsistencia inmediata, sino también para producir un excedente que pueda ser intercambiado, en el mercado de la pequeña producción mercantil, por otros valores de uso (p. 177).

Además del trabajo doméstico, siguiendo a Coraggio (2004a), la economía popular incluye formas de trabajo de formación y capacitación, trabajo de producción de bienes y servicios para el autoconsumo, trabajo asalariado y, específicamente en los casos analizados en este apartado, trabajo mercantil por cuenta propia (microemprendimientos). En el último apartado del presente capítulo se analizará cómo, desde el trabajo doméstico de la economía popular, las mujeres se inscribieron en espacios, tiempos y redes mercantiles, al asumir un rol reproductivo y productivo mediante actividades alternativas que resolvieron tanto crisis económicas, como la satisfacción de las necesidades básicas de sus unidades domésticas.

6. Prácticas y saberes domésticos en espacios, tiempos y redes mercantiles

En el apartado anterior se rastreó cómo los microemprendimientos no sólo se instituyeron en la economía popular, sino también en la producción mercantil. En las realidades sociales rastreadas, los microemprendimientos hicieron parte de la esfera pública al instituirse como actividades remuneradas para el mercado.

A su vez, las múltiples actividades que desplegaron las mujeres entrevistadas con el fin de resolver crisis económicas y generar contención familiar, al satisfacer las necesidades físicas y psicológicas de los miembros del grupo familiar, les demandó gran parte de su tiempo y esfuerzo físico. Es así como, en sus experiencias de vida, se vieron sometidas a condiciones de flexibilización y precariedad laboral más exigentes que aquellas que pudiera sufrir un sujeto en un trabajo bajo relación de dependencia.

La demanda de trabajo, sin espacios delimitados ni horarios definidos, invadiendo así la esfera privada, es la razón fundamental por la que estas mujeres sufrieron una mayor flexibilización y precariedad laboral, en comparación con aquellos que disfrutaban tiempos o espacios de ocio y descanso luego de su jornada laboral. Las múltiples actividades de servicios, comercialización y producción, fueron desplegadas desde el trabajo doméstico, ubicadas, en la mayoría de los casos, en espacios comunes de la unidad doméstica, tales como la cocina o el *living* de la casa.

Los relatos de Candelaria, Josefina, Marina, Raquel, Tamara y Rosa, evidencian las largas jornadas laborales exigidas, sacrificando sus espacios privados, y en la mayoría de casos, sin garantías de seguridad social y en condiciones precarias dentro de trabajos no registrados, recibiendo bajos ingresos y demandándoles, a su vez, una alta exigencia física:

[Candelaria]: Todos los días hago pan. Trabajo de lunes a viernes. Sábado y domingo hago bollo. Los sábados casi no hago, algunas veces no más. Trato de despejarme un poco de la masa [risas]. Cuando horneo sola, por lo menos me levanto a las cinco. Hasta que hago la masa ya son las seis, siete... las ocho. Nueve termino de hacer la masa y después se hornea otras tres horas, dos horas y media.

[Josefina]: Doce horas, diez horas... todos los días. [...] Aparte vendía la fruta. Terminaba a las cuatro. Me iba a la casa de mi suegra y me pegaba una ducha. Me bajaba a la distribuidora a buscar cajas de chocolates, obleas, nugatón, bombón. Todo lo que es línea de un buen chocolate en rama. Me quedaba vendiendo hasta las doce. Llegaba a mi casa a la una y cuarto de la madrugada.

[Marina]: No tengo un horario fijo [venta de cosméticos por catálogo]. [El horario de trabajo con la organización que conseguía trabajos no registrados para personas desocupadas era] de ocho a doce, solamente a la mañana. [...] El trabajo ese que yo tengo macheteando, me pagan en negro. [...] En negro o sea que no me perjudican en el salario del chico [AUH]. [...] No tenemos nada de cobertura [seguridad social], es un riesgo que hay que correr.

[Raquel]: [Su verdulería] funciona de lunes a lunes. No descanso un día. El domingo trabajo tarde y mañana. El único día que descanso es el domingo de las dos hasta el otro día a las nueve de la mañana. A las nueve de la mañana ya estoy en el negocio. Aparte de tener el negocio, los días lunes y jueves le hago limpieza a la casa de mi madre, le lavo la ropa [y le paga].

[Tamara]: Nosotros no tenemos horarios [en la elaboración familiar de *bijouterie* artesanal]. Podemos hacer ocho, más o menos horas. [...] Si mi papá quiere trabajar el lunes trabaja, si no, no. En la semana seguro es de martes a viernes porque el sábado y el domingo mi hermano va a vender, pero mi papa ya no trabaja y yo me ocupo de las cosas de la casa.

[Rosa]: [En su kiosco y venta de comida casera] estamos todo el día, yo no cierro el negocio.

La flexibilización de tiempos y espacios dispuestos para el trabajo, así como la precarización en las condiciones físicas y psicológicas del trabajador, se han conceptualizado, académicamente, como mecanismos propios de la economía mercantil. Estas conceptualizaciones académicas son sintetizadas por Carlos Frade (2007), en función de evidenciar cómo estos mecanismos son legitimados y desplegados al instituirse, simbólicamente en la sociedad, un sentimiento de inseguridad e inestabilidad permanente.

No obstante, los mecanismos de flexibilización y precarización también se instituyeron en las realidades sociales de la economía informal que construyeron, intersubjetivamente, las mujeres entrevistadas. En sus experiencias de vida, los microemprendimientos no sólo emergieron como actividades de la esfera pública, al ser parte de la producción mercantil. También se instituyeron como actividades de la esfera privada, mediante trabajo doméstico, destinado a satisfacer las necesidades familiares.

En la esfera privada llegaron a triplicar su jornada laboral responsabilizándose por múltiples actividades remuneradas, adicionales a las distintas actividades y tareas domésticas, no remuneradas. En algunas ocasiones recurrieron a otro miembro femenino de la unidad doméstica como soporte en las actividades reproductivas del hogar.

Al igual que la flexibilización y precariedad de la economía mercantil que se instituye en los sujetos y en sus realidades sociales (Frade, 2007), en torno a la economía informal también se instituyó, simbólica y materialmente, un sentimiento de inseguridad e inestabilidad permanente. Este sentimiento emergió en los relatos como mecanismo que impulsó a las mujeres a inscribir sus prácticas y saberes domésticos en un juego de actividades y relaciones mercantiles, con el fin de subsistir.

Además de los microemprendimientos, el juego de actividades y relaciones mercantiles se instituyó mediante sus actividades de prestación de servicios, tales como los programas de seguridad alimentaria, y mediante sus actividades reproductivas, tales como cocinar o cuidar de otros en su hogar. Es así como se tejió

una red de relaciones sociales en las que reprodujeron su rol tradicional de mujer, asumiendo prácticas y saberes domésticos para ser recíprocas con los movimientos sociales y satisfacer necesidades, tanto de su comunidad como de su familia.

Las prácticas y saberes domésticos fueron instituidos, por las mujeres entrevistadas, en un juego de espacios, tiempos y redes mercantiles. La razón fundamental para instituirse en un juego de tensiones mercantiles, es el hecho que las mujeres utilizaron sus relaciones familiares y espacios de ocio para trabajar, permanentemente, insertando sus mercancías en el mercado y capturando posibles consumidores. Es el caso de Noelia y Marina, quienes denominaron sus microemprendimientos de comercialización como un trabajo “sin tiempo ni horario” y utilizaron su esfera privada para llevarlo adelante:

[Noelia]: Cuando vi el catálogo [de joyas Vanesa Duran] decía “¡no! ¿Quién me va a comprar esto?”. [...] Comencé a salir con mi mamá y las mostraba. Las señoras ya conocían la empresa y conocían las joyas. Fue así, espontáneo. Tuve mi primer pedido y ya vi plata. Fue muy repentino porque yo venía de penuria en penuria y de repente vi plata.

[Marina]: Vos vas, le dejás el catálogo a una compañera, a una vecina. La persona te encarga los productos y vos vas y retirás la cartilla. Pasas por otra amiga y le entregás la cartilla. O sea es sin tiempo ni horario. Es algo lindo para mí. Me conviene porque por ahí no tengo tiempo. Tengo que trabajar y estudiar. Dejo la cartilla en algún lado, se levantan los productos y cuando vienen... bueno los tengo que pasar a cobrar. Me es fácil por el tiempo.

El carácter mercantil de la red social que construyeron Noelia y Marina, se fundamentó en la flexibilización de tiempos y espacios, dispuestos para trabajar permanentemente. Este carácter mercantil también se fundamentó en la precarización de las condiciones físicas y psicológicas, en un trabajo sin descanso ni ocio, al ocupar espacios y tiempos personales bajo la figura de vendedora independiente.

La precarización laboral, en el caso de Noelia y Marina, también emergió cuando asumieron todos los costos y riesgos empresariales referentes a tal actividad comercial. Cuando el cliente no compró la mercancía que ellas habían encargado por pedido, tuvieron que hacer uso de recursos económicos propios, provenientes de otras fuentes de ingresos personales, para asumir los costos comerciales que implicó comprar productos por catálogo que no fueron vendidos.

CAPITULO II

ROL DE LA MUJER EN LA JEFATURA DEL HOGAR Y EN LOS DIFERENTES CICLOS DE VIDA FAMILIAR

Introducción

En el despliegue de actividades reproductivas como base para los microemprendimientos de servicios, comerciales y productivos, actividades que se desplegaron tanto en la esfera pública como en la esfera privada, aparecieron diferentes roles, asumidos por las mujeres, en distintos tipos de familia.

Siguiendo los relatos de las mujeres pertenecientes a la zona del Alto Comedero, en el primer apartado, se analizará cómo asumieron sus roles sociales en el grupo familiar. Se revisarán los casos de las mujeres que asumieron, o no, la jefatura de hogar, así como la doble responsabilidad, productiva y reproductiva, que demandó su rol dentro de las unidades domésticas, frente a un juego de relaciones de poder patriarcales.

En el segundo apartado se indagará cómo se instituyeron las unidades domésticas en un juego particular de espacios, prácticas, saberes y relaciones, al asumir distintos roles sociales. A partir de estos roles asumidos por las mujeres, se instituyeron unidades domésticas desde el trabajo que realizaron de acuerdo con diferentes ciclos de vida familiar, en el intento por llevar adelante procesos productivos, resolver y asignar tareas domésticas para satisfacer necesidades básicas, físicas y psicológicas.

1. ¿Jefe o Jefa de hogar?

Distintos cambios económicos y culturales han favorecido la autonomía e independencia económica de las mujeres, tales como la expansión de la fuerza de trabajo femenina, consecuencia de los procesos de urbanización de la década del 90 (Topalov, 1979), o la expansión de actividades económicas consideradas femeninas, como el comercio y los servicios. Los diferentes cambios demográficos, jurídicos, educativos y tecnológicos que han transformado las sociedades, ampliando los derechos de las mujeres, también han coadyuvado y legitimado, socialmente, la imposición de distintos roles que debió asumir la mujer.

Espino (2003) y Weller (2000), destacan los cambios demográficos que han demandando menor cantidad de hijos en relación con la mujer en edad reproductiva, el avance tecnológico en las tareas del hogar, el acceso igualitario a la educación, procurando así la participación de mujeres en el mercado laboral con un mejor nivel educativo. En este contexto de ampliación de derechos, la mujer asumió distintos roles, implicándole una doble o triple carga de trabajo como madre, ama de casa, trabajadora y, en las experiencias de vida de las entrevistadas, como participantes en movimientos sociales.

De acuerdo con Weller (2000), la mayor incorporación de mujeres en actividades de tipo productivo, sumado a los casos de bajos ingresos económicos del hombre, fomentó que muchas mujeres asumieran un rol como jefas de hogar para obtener los ingresos económicos suficientes y satisfacer las necesidades de su grupo familiar. No obstante, en los censos y encuestas de hogares el jefe de hogar es reconocido, por los

otros miembros de la familia, sin considerar el proceso de toma de decisiones o la composición y magnitud del aporte económico (Arriagada, 2004).

Tal definición excluye las jefaturas femeninas asumidas por Marina, Candelaria, Josefina y Ana, al no considerar los hogares monoparentales que conformaron. La separación de Josefina o el fallecimiento de la pareja de Candelaria, conllevó a situaciones económicas de escasez de recursos y crisis familiares que les demandó asumir tanto un rol productivo en sus emprendimientos, como la jefatura del hogar.

Con base en las narrativas de Marina, Candelaria, Josefina y Ana, en sus experiencias de vida, el grupo familiar las reconoció como jefes de hogar al ser ellas quienes generaron el mayor ingreso económico. Asumieron toda la responsabilidad del hogar definiendo el uso de recursos, la toma de decisiones y las tareas a desarrollar por los diferentes miembros la familia.

El poder económico y autoridad que Marina y Ana ejercieron en hogares de familias extensas, les permitió ser reconocidas como jefes de hogar a pesar de recibir apoyo para satisfacer las necesidades de todos los miembros del grupo familiar. Luego de separarse de su marido, Marina compartió la vivienda y responsabilidades económicas con su madre que, a su vez, apoyó el cuidado de sus hijos cuando ella estaba trabajando. Al vender comida por fuera de la residencia familiar, el cuidado de la nieta de Ana y las actividades domésticas fueron encargadas a su hija, mientras ella trabajaba para conseguir el único ingreso familiar.

Los cambios en las estructuras familiares y el rol asumido por la mujer, ha venido desplazando la jefatura ligada al poder económico ejercido por el hombre dentro de

la familia. Ejercicio de poder que constituía al hombre como la principal figura de autoridad.

Tanto en los relatos de los hogares monoparentales, mencionados anteriormente, como en las experiencias de vida dentro de las familias nucleares que conformaron Raquel, Karina, Tamara, Noelia y Rosa, aparecieron dos formas de ejercer poder en la jefatura de hogar. En sus narrativas, el ejercicio de poder económico (históricamente patriarcal) permitió disponer recursos y controlar la vida de los otros miembros de la familia. A su vez, el ejercicio de poder respecto a la toma de decisiones se legitimó en la figura de autoridad dentro del hogar.

Según Schmukler y Di Marco (1997), si bien los hombres que sostienen económicamente el hogar pueden controlar los gastos de la familia, no necesariamente tienen autoridad frente a los hijos o deben compartirla con su pareja mujer. En contraste, y sustentado en las realidades sociales construidas por algunas mujeres entrevistadas, cuando la mujer fue la jefa de hogar ejerció las dos formas de poder, al asumir el doble rol productivo y reproductivo.

Es el caso de Raquel y Rosa cuyos emprendimientos eran la principal fuente de ingresos. En el caso del embargo salarial a su marido, al ser garante de un crédito, fomentó en Rosa la creación de un emprendimiento en el que “mi hijo se encarga de acomodar la mercadería, mi marido también ayuda [...] es mi mano derecha”.

Sin embargo, algunas experiencias de vida se instituyeron en el juego de doble responsabilidad y despliegue de actividades productivas y reproductivas, tensionado aún por roles patriarcales que ubican al hombre como proveedor de recursos económicos y que estereotipan a la mujer como sostén de la familia. En el caso de

Karina, Noelia y Tamara, emergió la dependencia económica como condición clave para legitimar las relaciones de poder patriarcales e imponer, a su vez, una doble responsabilidad a la mujer, desplegada a través del rol productivo y reproductivo que tuvieron que asumir en sus unidades domésticas.

En el caso de las parejas de Karina y Noelia, generaron el ingreso principal del grupo familiar a través de sus empleos, ejerciendo una jefatura patriarcal. En la búsqueda de diferentes estrategias para mantener su kiosco y satisfacer las necesidades básicas de su esposo, proveedor del principal ingreso económico, y sus dos hijas, Karina señaló: “muchas veces [...] mi marido no sabe valorar los trabajos que hago. No vinieron muy bien las cosas por aquí [llanto]. Aposté mucho en mi negocio [llanto]. La competencia creció, pero no voy a bajar los brazos. Soy una mujer luchadora y lo voy a seguir siendo [llanto]”.

En el caso de Tamara se legitimaron relaciones de poder verticales en su grupo familiar, al ocupar el lugar de hija, siendo sus padres quienes asumieron la jefatura del hogar y su madre quien definió el uso de los ingresos familiares, a pesar que Tamara participó activamente del emprendimiento familiar de elaboración y venta de *bijouterie* artesanal.

2. Institucionalización de unidades domésticas de acuerdo con el rol asumido, los ciclos de vida familiar y la asignación de tareas dentro del hogar

En el apartado anterior se rastreó la emergencia del rol social mediante el cual las mujeres asumieron una doble responsabilidad y despliegue de actividades productivas y reproductivas, articulando un juego de distintos espacios, prácticas, saberes y relaciones. En el presente apartado se analizará cómo se instituyeron las unidades domésticas en este juego de espacios, prácticas, saberes y relaciones.

Con el fin de rastrear la complejidad y densidad del juego de tensiones particulares que instituyeron la unidad doméstica en cada experiencia de vida narrada, se analizará cómo estos espacios estuvieron orientados por el tipo, rubro y lugar físico en el que funcionó el microemprendimiento. Cómo las prácticas y saberes aparecieron asociados al fondo de trabajo, según Coraggio (2004b), definido como el conjunto de capacidades de trabajo que pueden ejercer, en condiciones normales, los miembros hábiles del microemprendimiento. Cómo las relaciones fueron desplegadas a partir del rol asumido por la mujer y su fusión con la familia, considerando el tipo y ciclo de vida familiar en el cual se encontraba.

La doble responsabilidad y despliegue de actividades productivas y reproductivas, en las realidades sociales construidas, apareció vinculada con la cantidad de hijos en edad escolar. Con base en las experiencias de vida relatadas, los hijos demandaron distinta fuerza de trabajo doméstico, por ejemplo, en la preparación de los alimentos o en la limpieza del hogar.

Las tareas dentro del hogar y su asignación correspondiente, fue distinta, considerando la etapa del ciclo de vida familiar en la que se encontraban las mujeres microempendedoras al momento de ser entrevistadas. Retomando a Irma Arriagada

(2004), el ciclo de vida, a través del cual se desarrolla un grupo familiar, puede clasificarse en cinco cortes temporales:

1. Pareja joven sin hijos: parejas que no han tenido hijos y en la cual la mujer tiene menos de 40 años.
2. Ciclo de inicio de la familia: corresponde a familias que solo tienen hijos menores de seis años.
3. Ciclo de expansión o crecimiento: corresponde a familias cuyos hijos menores tienen 12 años y menos [en el ciclo de inicio se hallan las familias que sólo tienen hijos menores de seis años; si una familia tiene un hijo de cinco y uno de 11 años queda clasificada en el tipo de familias que se hallan en expansión o crecimiento].
4. Ciclo de consolidación y salida: familias cuyos hijos menores tienen 13 años o más.
5. Pareja mayor sin hijos [nido vacío].

En ciclos de vida familiar con procesos de expansión, las mujeres eligieron, principalmente, microemprendimientos en actividades productivas que se pudieran realizar en el espacio físico familiar, con el fin de seguir asumiendo el rol reproductivo dentro de sus hogares. En ciclos de vida familiar con procesos de consolidación, las mujeres microempendedoras eligieron, en su mayoría, actividades productivas que implicaron tiempo considerable fuera del hogar, siendo otro miembro femenino del grupo familiar quien asumió las actividades reproductivas en su ausencia, generalmente, hijas mayores o abuelas.

A pesar de estas grandes tendencias que configuran los espacios, prácticas, saberes y relaciones, en tensión con el proceso particular del ciclo de vida familiar, emergieron algunos procesos de expansión o crecimiento, contrastantes, articulados con emprendimientos dentro y fuera del hogar. En ciclos de vida con hijas menores de 12 años, en el caso de Candelaria, pudo resolver actividades reproductivas al estar en el mismo espacio de sus actividades productivas, mientras que Josefina tuvo delegar

actividades reproductivas al no poder desarrollarlas en el mismo espacio de sus actividades productivas. Así relataron estas experiencias de vida:

[Candelaria]: Mis hijas, las dos más chicas [menores de 12 años] están acá a la mañana. Así que con ellas trabajo. [...] Por eso me levanto temprano. Cosa de pegar una limpieza aunque sea al vuelo no más. Cocinar después en veinte minutos, media hora, les doy una picada no más de cualquier cosa y ya está. Las despacho a la escuela porque ya son las doce y media. Comen a las apuradas y se van. Me queda casi todo listo, termino de hornear y bueno.

[Josefina]: Mis hijas son grandes [menores de 12 años] y son mi mano derecha, son los brazos que me faltan [su emprendimiento funciona fuera del hogar]. Ellas son las que se ocupan de la casa. Saben bien que yo traigo la comida, por lo menos para comer bien, pagar los impuestos y los gastos de la casa.

Al igual que Josefina, el microemprendimiento de Marina funcionaba por fuera del hogar, sin dedicarse exclusivamente a él, ya que la base económica del grupo familiar era el ingreso de su trabajo “macheteando”. Al estar más tiempo fuera del hogar “la que siempre hace las cosas es mi mamá”.

El juego de doble responsabilidad y despliegue de actividades productivas y reproductivas, apareció claramente en el rol asumido por Karina durante el ciclo de vida familiar en proceso de expansión o crecimiento. Karina escogió un microemprendimiento que le permitiera estar en el mismo espacio donde vive con su marido y sus dos hijas de seis y ocho años de edad:

Porque por lo menos tengo la opción de estar en mi casa con mis hijas. Porque muchas veces cuando vos salís a trabajar, afuera dejás mucho de lado. Cuando trabajaba me pasaba muchas horas afuera. No podía estar. Estaba afuera de lunes a lunes. Ni un domingo pasaba con ella [hija]. Entonces por eso elegí un kiosco. [...] Como vivo acá en la orilla no podés dejar la casa sola, porque roban mucho y corre mucho la droga. No quiero que mis hijas salgan afuera. Por ahí están encerradas acá, juegan en el patio o las llevo al parque. Pero no me gusta que vean las cosas que hay afuera en el mundo. [...] Tengo horarios. Me tengo que levantar todos los días temprano. Tengo que recibir el pan. Tengo que acomodar. Comenzar a atender, limpiar. Tengo que venir y alistarla a ella [señaló a su hija] para la escuela. La atiendo, la veo, la despacho para la escuela.

A las 10 de la mañana ya tengo que empezar a cocinar. Entre que atiendo voy cocinando.

Este rol asumido de doble responsabilidad y despliegue de actividades productivas y reproductivas, también emergió, claramente, en la transición de Noelia del ciclo de vida familiar en proceso de consolidación y salida, al ciclo de vida familiar en proceso de inicio. Noelia, quien se encontraba en estado de embarazo, realizaba la transición de dejar el hogar de sus padres y conformar un hogar con su marido en una nueva casa.

Además de su microemprendimiento de comercialización de *bijouterie* por catálogo y una jornada laboral de medio tiempo, Noelia atendió la mayoría de las tareas en el hogar de la familia de origen y, principalmente, en la que sería su nueva casa. El doble rol productivo y reproductivo que asumió, instituyendo así espacios, prácticas, saberes y relaciones de su unidad doméstica en un juego de tensiones particulares, lo narró así:

En este momento allá en Palpala [su nueva casa] no es tan pesado. Se limpia, por ejemplo, dejo cocinando, dejo preparando algo a la noche. Lo que más hago en este momento son milanesas. Hago milanesas y quedan guardadas en la heladera. Preparo nada más un arroz o un fideo, al otro día, y ya. [...] Cuando llego a la casa descanso. Limpiar no me lleva más de una hora porque la casa de allá es pequeña. En cambio acá [casa de los padres] si era un quilombo porque esta casa es regrande. Somos muchos. En cambio allá es más fácil cada uno termina de comer y lava su plato o limpia su lugar. O si yo no puedo, él [marido] tiende la cama. [...] Cuando nazca [su bebé] tenemos pensado usar el ahorro para ver si lo mandamos a una guardería a los cuarenta y cinco días. Supuestamente es cerca del comité, es el trabajo de [medio tiempo], o sea, me encierra en la oficina. En cambio en Vanessa [marca de empresa de venta de *bijouterie* por catálogo] a mí me da tiempo para estar con mi familia, para hacer otras cosas y después volver. Manejo mis tiempos ahí, pero en el comité yo ya había pensado en... se dice que el año que viene va a abrir ahí una guardería, entonces sería la idea de llevarlo ahí o tener una niñera.

El rol de hija mayor de Támara durante el proceso de expansión o crecimiento de su grupo familiar, procuró que le delegaran las tareas del hogar a pesar de ser parte del grupo productivo en el microemprendimiento familiar. Al ser la única figura femenina y al estar su madre con un embarazo de alto riesgo, las actividades productivas que pudiera realizar Tamara, son truncadas por la exigencia de las actividades reproductivas que le son encargadas:

¡Y nadie! [risa], nadie limpia. Mi mamá siempre está enferma. [¿Antes que tu mamá estuviera embarazada, lo hacían entre las dos o solo tú?]: ella salía a vender. Siempre le gustó salir a vender. Entonces yo siempre estaba en la casa. O sea, de una u otra manera quedaría para mí.

El rol de hija mayor de Tamara, encargándose de las actividades reproductivas del hogar, se puede contrastar con la posición de Raquel en el rol de mujer microempresaria y con una hija mayor. El ciclo de vida familiar durante el proceso de consolidación y salida en el que se encontraba Raquel, con su marido y sus “dos hijos, uno de 24 y una hija que ya está por cumplir 23”, ejemplifica cómo, al realizar servicios de limpieza en otras casas y al estar su microemprendimiento ubicado fuera del hogar, delegó gran parte de las actividades reproductivas a su hija. La economía familiar se fundamentó en las actividades productivas y reproductivas, remuneradas, que realizó Raquel, demandándole un trabajo:

De lunes a lunes, yo no descanso un día. El domingo trabajo tarde y mañana. El único día que descanso es el domingo desde las dos hasta el otro día a las nueve de la mañana. A las nueve de la mañana ya estoy en el negocio. Aparte de tener el negocio, los días lunes y jueves le hago limpieza a la casa de mi madre. Eso me paga aparte. Le limpio la casa y le lavo la ropa. [...] [¿Quién cocina en su casa doña Raquel?]: Mi hija. [¿Su hija la ayuda?]: sí, porque mi hija ya tiene 23 años. [¿Entonces se reparten, usted está en el negocio y ella está en la casa?]: en casa limpia. Los fines de semana cada uno limpia su habitación. Mi hija hace limpieza general del resto. Lavamos la ropa, cada uno lava su ropa. Solamente lavo la de mi marido. Mis hijos lavan su ropa. [...] Siempre dejo cocinando o mi

hija cocina. Ahora está trabajando de niñera a la mañana, pero el primero que llega caliente la comida para todos, pone la mesa.

Al igual que Raquel, el microemprendimiento de producción y venta de comida que Ana realizaba en Salta, durante el ciclo de vida en proceso de consolidación y salida de su familia, fomentó que ella encargara a su hija las actividades reproductivas del hogar. Mientras que Ana asumió el rol de las actividades productivas en su totalidad, su hija sólo se dedicaba al cuidado de su nieta y, por ello, le delegó todas las tareas del hogar.

Si bien durante los ciclos de vida familiar, en proceso de consolidación y salida, aparecieron tareas delegadas a otros miembros de la familia, incluso hombres como en el caso de la figura de autoridad que representó Rosa, las mujeres emprendedoras también asumieron gran parte de las actividades reproductivas cuando fueron la única figura femenina. El microemprendimiento de Rosa funcionando dentro del hogar, más que posibilitarle mayor tiempo con su familia, lo consideró un trabajo para su hijo. La institucionalización de su unidad doméstica, en un juego de tensiones particulares a partir del rol asumido y de la asignación de tareas a los otros miembros, emergió de la siguiente manera en su relato:

Viste que está difícil para conseguir trabajo. Para que lo basureen por 30 o 20 pesos... que se quede acá. Por eso lo puse, más para él. [...] Ayer me tocó lavar. Terminé de cocinar y me puse a lavar ropa. Enjuague la mitad de la ropa y ya está para tender. No sé si habrá tendido, mi marido [risa]. Lavo a mano. Me doy tiempo para todo. [...] Parezco el pulpo. Él también, porque hacemos de todo. Estamos los dos en todo. Él me ayuda, entre los dos, y mi hijo se encarga del negocio.

Siguiendo estos relatos, las unidades domésticas se instituyeron en torno al rol social que asumieron las mujeres, desplegando un juego de prácticas y saberes encarnados

en la doble responsabilidad de actividades productivas y reproductivas. En el despliegue de este rol productivo y reproductivo, las unidades domésticas también se instituyeron en un juego específico de espacios de convivencia y de asignación de tareas, “adentro y afuera”, de acuerdo con el tipo de microemprendimiento elegido y el ciclo de vida familiar en el que se encontraban.

Es así como, a partir del rol asumido por las mujeres entrevistadas, las unidades domésticas se instituyeron en un juego particular de relaciones desplegadas al interior y exterior de la familia. No sólo como lazos asociados a la consanguinidad, genealógicos y espaciales, sino también como relaciones de reciprocidad y correlación, donde todos los miembros, de una u otra manera, asumieron actividades cotidianas que le otorgaron vitalidad y existencia a las unidades domésticas.

CAPÍTULO III

HIBRIDACIÓN DE RECURSOS SOCIALES, FAMILIARES Y ECONÓMICOS

Introducción

En este capítulo se analizará cómo la hibridación de recursos sociales, familiares y económicos, se desplegó desde el trabajo de las mujeres, como estrategia para la subsistencia y el mantenimiento de la vida de todos los miembros de la unidad doméstica -en adelante UD-. En las experiencias de vida rastreadas, apareció como una estrategia apropiada por las mujeres en el ámbito de la economía informal, con el fin de resolver situaciones de escasez de recursos en sus UD, sin dejar de satisfacer las necesidades de protección y cuidado.

Las mujeres recurrieron a alternativas de subsistencia en el contexto de la crisis del mundo del trabajo. El trabajo de estas mujeres aparecería, según Grassi (2003a), en un contexto de crisis respecto a la distribución inequitativa de demanda y oferta laboral, desigualdad en el acceso a recursos y problemas en la capacidad de las instituciones sociales para crear condiciones de participación en el espacio público y generar lazos sociales e identidad con la comunidad política. Grassi elabora la conceptualización teórica de la crisis del mundo del trabajo, respecto a cuestiones de orden económico, moral y cultural:

Una cuestión es de orden económico, es la que se plantea en términos del empleo, y tiene que ver con la *performance* de la economía y su capacidad de demanda de trabajo; y con la capacidad de mercado respectivo para realizar una distribución equitativa de personas y puestos. [...] La otra cuestión es de tipo moral y se refiere al problema de la exclusión y de las alternativas de reinserción imaginadas como soluciones, en el límite que se hace socialmente de desigualdad en el acceso a los recursos para la sobrevivencia o en los medios para dicho acceso. La tercera es de orden cultural [...] el problema de la integración de la sociedad y de la capacidad de las instituciones para generar y reproducir lazos significativos de pertenencia a la comunidad política y las condiciones para la legítima participación en el espacio público (Grassi, 2003a:14).

Distintos análisis académicos han señalado que las políticas neoliberales implementadas en la década del noventa generaron exclusión social, desempleo, pobreza, precariedad laboral (Grassi, 2003b; Danani, 2004; Grassi y Danani, 2009 y Hintze, 2004), entre otras problemáticas, que dieron cuenta de una crisis en el trabajo.

Mediante diferentes elucubraciones teóricas se construyó el supuesto que, en el contexto de esta crisis, el trabajo no sólo emergía como una actividad que generaba bienes y servicios, sino como un espacio social que posibilitaba sujetos de derecho. En un sentido pragmático, los sujetos de derecho deberían encontrarse bajo relación de dependencia y obtener, siguiendo a Esping-Andersen (1993), aportaciones financieras en su derecho personal de naturaleza contractual.

No obstante, las mujeres entrevistadas son excluidas como sujetos de derecho, y optaron por buscar otras alternativas y estrategias de existencia. En los casos estudiados, se coincide con el planteamiento conceptual que tales estrategias resultaron en un “agregado familiar que contribuye a cumplir con las exigencias derivadas de la procreación y del mantenimiento de la vida de los individuos, así

como de la creación y reconstitución de la fuerza de trabajo” (Sáenz y Di Paula, 1981: 150). De acuerdo con Hintze (2004), estas estrategias:

Se configuran en el tiempo a través de sucesivos procesos en que los sujetos sociales generan, seleccionan y combinan circuitos de satisfacción de necesidades. En estos procesos las unidades familiares o domésticas establecen relaciones a distintos niveles: a) internamente (división familiar del trabajo, en términos sexuales y generacionales, entre actividades que producen ingresos y aquellos bienes por medio del trabajo doméstico); b) con otras unidades familiares; c) con el mercado; d) con otras instituciones de la sociedad civil y e) con el Estado (p. 146).

En los siguientes tres apartados se analizará cómo, desde el trabajo de las mujeres en las UD, diversos procesos y relaciones sociales fueron decantando en circuitos de satisfacción de necesidades, para el mantenimiento de la vida y para la creación y reconstitución de la fuerza de trabajo. En la decantación de tales circuitos, las mujeres hibridaron recursos, sumando alternativas con su trabajo mediante ingresos económicos generados por microemprendimientos mercantiles, salarios del mercado de trabajo formal e informal y/o alimentación o subsidios de programas sociales.

Los procesos y relaciones que emergieron, mediante el trabajo de las mujeres en la hibridación de recursos, se instituyeron al interior y exterior de la UD. En el último apartado del presente capítulo se hará énfasis en los procesos y relaciones que instituyeron con distintos espacios y grupos sociales externos, respecto a los programas sociales.

Si bien algunas mujeres, beneficiadas con programas sociales, recibían ingresos directamente de la Asignación Universal por Hijo, créditos o becas, los movimientos sociales, representados por las organizaciones barriales del Alto Comedero que administraron y otorgaron programas estatales de seguridad alimentaria, influyeron en

las actividades de las mujeres que con su trabajo participaron en los bolsones de alimentos, merenderos y copas de leche.

A continuación se iniciará la discusión respecto a las relaciones y procesos que decantaron en circuitos de satisfacción para las UD. En el primer apartado que sigue, se analizarán las estrategias de subsistencia que desplegaron las mujeres para generar recursos alternativos, a partir de su trabajo en los microemprendimientos mercantiles. Se discutirá cómo, en cada experiencia de vida relatada, estos microemprendimientos fueron un complemento o el principal ingreso económico. Y cómo, en algunos casos, fueron visualizados como sostén de la vida o como proyecto de transformación en el mediano plazo.

1. Microemprendimientos mercantiles

Los microemprendimientos de las mujeres entrevistadas se encontraban en una zona alejada del casco urbano¹⁰. Siguiendo a Merlinsky (1997), esta ubicación geográfica dificultó el acceso a un mercado de mayores recursos, generándose microemprendimientos ligados a la economía local. En los relatos emergieron microemprendimientos en actividades productivas como kioscos, pequeñas

10 Estos microemprendimientos funcionaron en el barrio Alto Comedero, zona periférica del sur de la ciudad de San Salvador de Jujuy. De acuerdo con Bergesio y Golovanevsky (2005), “el barrio está formado mayoritariamente por planes de viviendas del IVUJ (Instituto Provincial de Vivienda y Urbanismo) que suman un 65% del total de las viviendas existentes en el lugar, el resto se completa con loteos y asentamientos; que, a su vez, se distribuyen en aproximadamente 60 sub-barrios o sectores” (p. 4).

despensas, locutorios, confecciones o elaboración de comidas, estas últimas integradas fundamentalmente por mujeres.

En cada UD se les fue otorgando distintos lugares de importancia, y variadas percepciones de proyección hacia futuro, de acuerdo con el papel que jugaron los microemprendimientos dentro del ingreso total familiar. Retomando a Merlinsky (1997), aparecieron tres clases de microemprendimientos:

1. Microemprendimientos de ingreso principal: aquellos cuyos miembros obtienen por su trabajo en la unidad económica informal la fuente principal de recursos para el presupuesto familiar.
2. Microemprendimientos de ingreso complementario: aquellos que proveen a sus miembros de un ingreso complementario a otras fuentes de recursos de presupuesto familiar (donde el ingreso del microemprendimiento no es el mayor monto).
3. Microemprendimientos de ingreso complementario con proyección a ingreso principal: aquellos donde si bien el ingreso es complementario con otras fuentes, hay un interés por parte de los miembros en ir acumulando capital y ampliar el mercado de modo de constituirse en fuente principal de recursos para el presupuesto familiar (p. 109).

La comercialización de frutas y la producción y venta de pan, se convirtieron en microemprendimientos que generaron el ingreso principal de la familia de Josefina y Candelaria, respectivamente. Se crearon a partir de situaciones de escasez de recursos en momentos de crisis familiares. Josefina y Candelaria relataron así su situación cuando asumieron la jefatura de hogares monoparentales:

[Josefina]: Vivo con mis seis hijos gracias a Dios. [...] Traigo la comida. Por lo menos para comer bien y pagar los impuestos. Los gastos de la casa, aparte de la comida, serían los pasajes míos y los de mis hijos porque estudian; las fotocopias y los gastos de todos los días de los chicos.

[Candelaria]: Tengo mis tres nenas. Una de 18 otra de 12 y otra de 10. Una estudia en el secundario, en la técnica, y las otras van a la primaria. [...] Tengo mis hijos varones pero ellos viven en otro lado. [¿Y su esposo?]: No, el falleció.

[...] [El emprendimiento de producción y venta de pan] lo quiero para ponerme un kiosquito. [...] Sí, voy a hacer que lo arreglen mejor y ahí lo voy a poner.

En el caso de Candelaria, el circuito de satisfacción de necesidades lo proyectó visualizando el proceso de transformación, en el mediano plazo, de su microemprendimiento de producción y venta, a uno de comercialización que posiblemente le demande menos recursos personales respecto a la fuerza de trabajo. Se va configurando así un proceso de búsqueda de alternativas en los recursos económicos.

Si bien, en el caso de la producción de pan de Candelaria y de la producción de *bijouterie* artesanal de Tamara, se ligan socialmente a actividades domésticas, estos microemprendimientos también ilustran el proceso de transferencia de conocimientos de generación en generación en el que se fundamentan. Proceso en el que emergieron recursos encarnados en las prácticas y saberes familiares, ligados a estos conocimientos intergeneracionales, necesarios para los microemprendimientos de producción en economías locales.

En el caso del microemprendimiento familiar de Tamara, como fuente principal de los recursos económicos, además de estas relaciones intergeneracionales, la decantación de los circuitos de satisfacción involucró relaciones de cercanía y parentesco. Según Tamara sus padres y hermanos trabajaron por igual en la producción y venta de *bijouterie* artesanal, emergiendo así formas de intercambio solidarias en las que todos tenían tareas asignadas dentro de la UD.

Al igual que Tamara, en el relato de Rosa aparecieron relaciones de cercanía y parentesco arraigadas a dos procesos distintos. Rosa tenía un microemprendimiento de ingreso complementario con proyección a ingreso principal, mezclando actividades de comercialización en un kiosco y de producción y venta de comida casera. Por una parte, apareció un proceso de relaciones de poder mediante el cual Rosa tendió a equilibrar fuerzas de trabajo en su microemprendimiento, asignando tareas a su marido e hijo en el kiosco.

Por otra parte, emergió un proceso conjunto hacia la transformación de la actividad económica y, a su vez, el grupo familiar aspiraba a convertir el emprendimiento en fuente principal de ingresos económicos para la familia. Las relaciones de parentesco y cercanía de esta proyección conjunta aparecieron asociadas a sentimientos de solidaridad y empatía con otros miembros de la familia. Estas relaciones y procesos de solidaridad familiar al interior de la UD, son relatadas por Rosa cuando aludió a que su microemprendimiento fue creado para darle un trabajo a su hijo en un momento de crisis:

Él a los 18 años se juntó con una chica y tuvo un bebe. La chica le puso los cuernos. Hace dos años que se ha venido. Viste que está difícil conseguir trabajo. Para que lo basureen por 30 o 20 pesos, que se quede acá. Entonces por eso lo puse. Más para él.

De acuerdo con los relatos anteriores, especialmente el microemprendimiento de Rosa como ingreso complementario con proyección a ingreso principal, y siguiendo a Merlinsky (1997), si bien los microemprendimientos podrían aspirar a transformarse en empresas con posibilidades de acumulación, potencialmente

generaron “estrategias de autoempleo” que garantizaron la subsistencia y no la maximización de la ganancia.

Sin embargo, la importancia financiera de los microemprendimientos en el presupuesto familiar, generó procesos de empoderamiento y transfiguraciones de las relaciones de poder. Los microemprendimientos como ingreso económico principal, o con proyección a convertirse en fuente económica principal de la UD, representaron un empoderamiento en la toma de decisiones dentro del grupo familiar para la mayoría de mujeres entrevistadas, especialmente para las mujeres jefes de hogar en familias monoparentales.

En las diferentes experiencias de vida exploradas, estos procesos de empoderamiento y transfiguración de relaciones de poder, particularmente en los microemprendimientos de ingreso principal o de ingreso complementario con proyección a ingreso principal, se tensionaron con procesos y relaciones de reproducción que fueron decantando en circuitos de satisfacción, especialmente en los microemprendimientos de ingreso complementario.

Al desplegar distintas estrategias de vida¹¹ se transfiguraron relaciones en la participación, directa o indirecta, de todo el grupo familiar dentro del

11 Estas estrategias familiares de vida aparecen como “aquellos comportamientos de los agentes sociales que -estando determinados por su posición social (o sea por su pertenencia a determinada clase o estrato social)- se relacionan con la formación y mantenimiento de unidades familiares, en el seno de las cuales puede asegurar su reproducción biológica, preservar la vida y desarrollar todas aquellas prácticas, económicas y no económicas, indispensables para la optimización de las condiciones materiales y no materiales de existencia de la unidad y de cada uno de sus miembros” (Torrado, 1982: 212). Es así como tales estrategias familiares de vida van de la mano con las estrategias de reproducción “que (consciente o no conscientemente) desarrollan los sectores populares urbanos para satisfacer sus necesidades de alimentación, vivienda, educación, salud, vestuario, etc. [...] La unidad familiar genera o selecciona satisfactores para alcanzar sus fines reproductivos por medio de la combinación de las posibilidades a su alcance a través de un entramado de actividades que la relacionan con los demás agentes sociales” (Hintze, 2004:146). Actualmente “la subsistencia y calidad de vida se nutre fundamentalmente de tres fuentes: las producciones y actividades de cuidados directos realizadas desde el hogar, el mercado y la oferta de servicios públicos. Sin embargo, a pesar del peso que ha ido adquiriendo el mercado capitalista en la oferta de bienes y servicios, las

microemprendimiento. Cuando el microemprendimiento estuvo ubicado fuera del hogar, las hijas mujeres asumieron actividades reproductivas. Cuando los espacios productivos del microemprendimiento se convirtieron espacios reproductivos, principalmente kioscos o almacenes, aparecieron actividades reproductivas asumidas por las mujeres mientras que los hijos varones se encargaron de las actividades de comercialización.

Los microemprendimientos de producción y venta de alimentos u otros de comercialización de bienes o que prestaron servicios, siguiendo a Coraggio (2004a), se configuraron como formas *ad hoc* que incluyeron a los miembros de las UD familiares para obtener, a través del mercado, los medios requeridos para su reproducción ampliada. En el proceso de convertir espacios productivos en espacios reproductivos, los microemprendimientos funcionaron dentro de la vivienda o en locales cercanos.

En los relatos las mujeres señalaron que en sus hogares se habilitó una habitación, el *living* o la cocina, como espacios productivos no sólo para la instalación, depósito de mercadería, producción y venta, sino como espacios reproductivos de protección y cuidado. Por ejemplo, las comidas que prepararon para la venta se destinaron también al consumo de su grupo familiar.

Las actividades de protección y cuidado también fueron destacadas por mujeres con kioscos, despensas o ventas por catálogo, ofreciendo sus productos a familiares en sus residencias o en ferias cercanas a las que habitualmente llevan a sus hijos

estrategias de vida de las personas continúan organizándose desde el hogar de acuerdo al nivel de ingresos y a la participación pública en las tareas de cuidados" (Carrasco, 2001:2).

consigo. Si bien los microemprendimientos de producción y venta, en lugares cercanos a su residencia, produjo una baja remuneración en comparación con la mano de obra invertida, destacaron el ahorro en tiempo de desplazamiento que les permitió esas actividades productivas para distribuirlo en su familia y en otras actividades laborales.

Además de estos procesos de transformación, mediante los cuales los espacios productivos se convirtieron en espacios reproductivos y, a su vez, se mantuvieron relaciones de poder patriarcales entre los miembros de las UD, los microemprendimientos de ingreso complementario aparecieron, principalmente, en un juego de procesos y relaciones sociales de contención. De esta manera, los circuitos de satisfacción fueron decantando a partir de microemprendimientos bajo procesos y relaciones de cercanía y parentesco de contención.

En los relatos de Karina, Raquel, Noelia y Marina, sus microemprendimientos generaron ingresos económicos complementarios al ingreso de la pareja o de otras actividades laborales, con el fin de ser sostén, salvavidas y ofrecer seguridad en caso de enfrentarse a crisis económicas y emergencias familiares, similares a las que motivaron la creación de tales microemprendimientos. Desde su trabajo, los procesos y relaciones de contención que fueron decantando en diferentes circuitos de satisfacción de necesidades, se instituyeron en distintos contextos:

[Karina]: Hace un año y medio que puse un kiosco para sostenernos. Había un tiempo que mi marido ganaba lo suficiente como para alimentarse y no daba para los otros gastos. Además su papá estaba enfermo y él es el mayor y tenía que hacerse cargo. Casi no aportaba acá. Hace como cuatro años se puso muy difícil la situación para todos. Yo andaba en los trueques, hacía pan y cambiaba por ropa para ellas cuando eran más chicas. Empecé a vender palitos de agua, gelatina y fui juntando hasta comprarme un poco de mercadería, un poco de verdura para empezar. Así de a poco nos fue surgiendo.

[Raquel]: Mi marido tenía su trabajo. Sigue teniendo el mismo trabajo pero le pagan cuando ellos quieren porque él está en negro y nunca lo van a blanquear. Además ya se jubila, él ya tiene sus treinta años de aporte. Digo “cómo puede ser que hacía cubitos, los vendía, pero no era una entrada”. No era algo que me mantenga a mí, que yo esté tranquila. Pensaba “no sé, él va a trabajar, le puede pasar algo de noche”, como va en bicicleta y vuelve en bicicleta yo decía “le puede pasar algo en el camino, algún accidente”. Hoy en día la ruta es peligrosa. Entonces digo “mejor pongo mi verdulería que es la mejor salida”. Eso me dio una gran ayuda.

[Noelia]: Trabajo medio día de secretaria en el comité de la UCR. El otro medio tiempo soy líder en la empresa de mi suegra. Vendo joyas [*bijouterie* por catálogo]. Pero más que vender, lidero un grupo de chicas.

[Marina]: Trabajo macheteando para una organización. Aparte estoy vendiendo los productos [cosméticos por catálogo].

Los circuitos de satisfacción de necesidades, a partir del trabajo en los microemprendimientos mercantiles, fueron decantando desde procesos y relaciones sociales entre los miembros de la UD. Procesos y relaciones productivas y reproductivas que generaron alternativas en los recursos económicos, fundamentados en los ingresos económicos principales y complementarios del microemprendimiento. Procesos y relaciones de producción y reproducción que también generaron alternativas en los recursos familiares, sustentados en las relaciones y saberes intergeneracionales, en la transfiguración o mantenimiento de las relaciones de poder y en las relaciones de contención social.

Además de los procesos y relaciones familiares en la UD, los circuitos de satisfacción decantaron desde procesos y relaciones sociales más amplias en el funcionamiento de los microemprendimientos. Es el caso de la UD de Ana. Desde su trabajo brindando la “copa de leche” en su residencia, Ana estableció relaciones con organizaciones sociales del barrio, encargadas del proceso de otorgamiento e implementación del programa de seguridad alimentaria. Este programa social fue un

recurso del que también se benefició su grupo familiar, al permitirle resolver parte de la alimentación de su UD.

Su microemprendimiento de costura, venta de ropa y elaboración de comida casera, cuyo ingreso complementó con una pensión e insumos otorgados por la organización social a la que pertenecía, generó alternativas en los recursos sociales. De acuerdo con Merlinsky (1997), si bien el microemprendimiento de Ana se configuró como una unidad económica informal con tecnología basada en la utilización de herramientas manuales, su configuración más relevante apareció respecto a las redes de intercambio preexistentes en las que se vinculó con las políticas públicas del Estado y con agrupaciones sociales y políticas.

2. Trabajo formal e informal

El juego de los procesos y relaciones que se desplegaron en la tensión de actividades de trabajo formal e informal, decantando circuitos de satisfacción en la UD de cada mujer entrevistada, no sólo configuró alternativas de recursos económicos, sino también alternativas de recursos familiares y sociales. La hibridación de recursos económicos, familiares y sociales, resultante de la tensión entre trabajos formales e informales, también permitió identificar distintos procesos y relaciones al interior y exterior de la UD.

Los recursos sociales, en particular, se narraron en términos de la interacción con diferentes agrupaciones sociales u otras UD para acceder a sistemas de seguridad

social estatales, en el juego de procesos y relaciones de contención social. Mientras que los recursos familiares aparecieron, principalmente, en el juego de procesos y relaciones inscritas en la caracterización conceptual de la economía informal y de la economía social, respecto a los miembros que integraron la UD, sus posiciones e intercambios, técnicas empleadas en la producción de bienes y prestación de servicios e intercambio con otros espacios de producción y consumo.

El trabajo formal no sólo emergió como un recurso económico proveniente de contrataciones bajo relación de dependencia¹², complementándose el presupuesto familiar, en la mayoría de los casos, con ingresos provenientes de trabajos informales y/o de los microemprendimientos mercantiles. También apareció como un recurso social que ofrecía seguridad social a las UD, por ejemplo dentro del sistema de salud o dentro del sistema jubilatorio, siendo éste un beneficio adicional al salario percibido por algún miembro del grupo familiar, especialmente por parte de las parejas de las entrevistadas.

Es el caso de Karina, Raquel, Marina y Rosa, narrando distintas estrategias de hibridación de recursos respecto al trabajo formal, instituyéndose no sólo como generador de recursos económicos sino también de recursos sociales que ofrecen seguridad y protección social para la UD:

[Karina]: Él [marido] ya tiene 10 años trabajando en el COMODÍN [supermercado de San Salvador de Jujuy en el que trabajó bajo relación de dependencia y aportando el principal ingreso a su UD]. [...] Él anduvo en varias

12 El trabajo formal no sólo genera aportes al sistema de jubilatorio y acceso al sistema de salud, sino que al configurarse bajo la figura de empleo registrado se caracteriza por estar “formalmente regulado, comprende los empleos por tiempo indeterminado, según jornadas regulares, con derecho a vacaciones y licencias pagas, y a un décimo tercer sueldo (aguinaldo) y cuyos agentes están comprendidos por la seguridad social, entre las principales condiciones establecidas por la ley de contrato de trabajo” (Grassi 2009: 227).

panaderías, en negro [trabajo no registrado]. No lo blanqueaban y mi hija enfermita. Yo le decía “anda y blanquéate porque no queda otra”. Mi hija salió del hospital y a él lo llamaron para trabajar en COMODÍN. Al mes le dieron la obra social a mi nena. Nos salvó mucho porque por lo menos contaba, si no era con los médicos de acá, con los médicos privados. Ya me cubrían los gastos por lo menos hasta el año. No gastaba más que los pasajes.

[Raquel]: Él [marido] ya tiene los treinta años de servicio trabajando en el correo argentino. Se va a jubilar y va a ser mejor nuestra vida [sensación que manifestó por tener un ingreso fijo todos los meses].

[Marina]: Ellos [hijos] son reconocidos por su papá. Trabajo macheteando [trabajo no registrado] para una organización [social] y cobro aparte [de su venta de cosméticos por catálogo, el embargo de la cuota alimenticia al salario que recibía su exmarido, quien trabajaba bajo relación de dependencia].

[Rosa, cuyo marido trabajó bajo relación de dependencia, formalizado en el municipio]: Para no ir a trabajar [con una política de la zona] hago la copa de leche [programa de seguridad alimentaria que también benefició la alimentación de su familia, otorgado por la política con la que trabajaba] y completar mi trabajo [dedicar más tiempo a su microemprendimiento del kiosco y venta de comida casera].

Además de los recursos económicos, las alternativas de recursos sociales relatados en los anteriores procesos y relaciones de contención social, decantaron circuitos de satisfacción que acogieron de distintas formas los beneficios del trabajo formal. El trabajo formal fue un articulador de las UD con los sistemas de seguridad social, nacionales y locales, generando así condiciones de bienestar en los miembros beneficiarios, como lo fueron los hijos e hijas de las mujeres entrevistadas. En el caso de Rosa, localmente aparecieron programas estatales encarnados en organizaciones sociales del barrio que beneficiaron a determinadas UD.

En términos de los ingresos económicos, el trabajo formal fue superado por el número de actividades informales y populares demandadas con el fin de completar el presupuesto de la UD, decantando así circuitos de satisfacción de necesidades. La

mayor parte del trabajo informal¹³ fue asumido por las mujeres, aparte de sus microemprendimientos mercantiles, absorbiendo así las correspondientes cargas emocionales y de fuerza de trabajo que les conllevó el mantenimiento de procesos y relaciones patriarcales y reproductivas¹⁴ al interior de la UD.

No obstante, el trabajo informal también apareció como articulador de procesos y relaciones de la UD en la economía informal. En el caso de Raquel y Noelia, desde el trabajo informal en sus UD para generar recursos económicos, instituyeron procesos y relaciones con espacios externos de producción y consumo:

[Raquel]: [Además de su microemprendimiento de comercialización] mi marido sigue teniendo el mismo trabajo [en el Correo Argentino], pero le pagan cuando ellos quieren porque está en negro y nunca lo van a blanquear. [...] Aparte hace carpintería. Trabaja de sereno. Salía a vender los domingos a la feria. Nosotros tenemos un *freezer* grande y él le provee a todos los de la feria hielo en botellas grandes de gaseosa. A veces hacemos cien, ciento cincuenta pesos. Es una entrada. [...] Los días lunes y jueves le hago limpieza a la casa de mi madre y le lavo la ropa. Me paga aparte.

[Noelia]: Él [marido] en este momento está estudiando, está por terminar, para ser mecánico. Él compra y vende autos [generando el principal ingreso económico de la UD]. [Además de su microemprendimiento de venta de

13 Gran parte de los ingresos económicos de las UD se relataron como “trabajo en negro”, bien como remuneraciones por horas de actividades informales realizadas por las entrevistadas, o bien como ingresos provenientes de trabajos informales de sus parejas o exparejas, constituyendo un aporte al cuidado de sus hijos. De acuerdo con Cabrera (2009), “esta forma de trabajo es el empleo no registrado, llamado corrientemente “trabajo en negro” [...] abarca una serie de situaciones diferentes unificadas básicamente por el hecho de tratarse de relaciones laborales en las que el trabajador no se registra en el sistema de protección social” (p. 155). La contraparte de este tipo de trabajo es el denominado “trabajo en blanco”, acogiendo así el grupo de trabajadores a quienes se les realizan todos sus aportes al sistema de protección social.

14 Si bien algunas de las actividades informales y populares implicaron saberes artesanales en relación con sus microemprendimientos u oportunidades específicas de fuerza de trabajo no registrado con organizaciones sociales del barrio, principalmente, el trabajo informal apareció como trabajo extra-doméstico que “no implica necesariamente una transformación en las relaciones entre géneros. En general cuando las tasas de participación femenina aumentan no se producen necesariamente conflictos al interior del hogar, porque la pauta predominante es la “doble jornada”: no hay redistribución de tareas y responsabilidades para los miembros varones: las mujeres que son amas de casa y madres ven sobrecargadas sus labores y en todo caso, reciben ayuda de otras mujeres del grupo familiar. [Sin embargo, en el caso del hombre, cuando] la situación de pérdida de empleo se transforma en desempleo de larga duración empieza a haber conflictos familiares, originados fundamentalmente por dos cuestiones: por un lado la pérdida de autoestima del varón y su falta de interés en la vida familiar, por el otro lado la división del trabajo al interior del hogar comienza a ser cuestionada por las mujeres, y en muchos casos, por los hijos” (Merlinsky 2000:7). Es así como las crisis económicas y familiares son resueltas con mayor celeridad por las mujeres en comparación con los hombres, asumiendo más cantidad de trabajos informales y absorbiendo todas las tensiones y efectos de la UD, al sentirse responsables por las demandas de subsistencia y contención emocional que les exigen los otros miembros del grupo familiar. Estas relaciones de poder, cuando los espacios productivos se convirtieron en espacios reproductivos, se analizaron con más detalle en el apartado anterior.

bijouterie por catálogo, Noelia realizó actividades administrativas, relatadas por ella como “trabajo en negro”] medio día de secretaria en el comité de la UCR.

Siguiendo las caracterizaciones conceptuales de la OIT acerca del sector informal (Neffa, 2008) y, posteriormente, acerca de la economía informal (Neffa, 2009), las UD emergieron en los relatos como pequeñas unidades de producción y distribución de bienes y servicios, en tanto empresas de hogares que no se constituyeron como una entidad jurídica independiente de los miembros que la componían. Es decir, formalmente no se constituyeron como sociedades comerciales con registros contables.

Su relación con el sistema legal más bien, siguiendo la perspectiva de la economía social (Coraggio, 1991), apareció como una economía subterránea e informal. El juego de procesos y relaciones de caracterización conceptual en la economía social, permitió identificar las alternativas en los recursos familiares que relataron las mujeres, en términos de agentes económicos clasificados como "populares", con un bajo nivel de ingresos, considerando la línea de la pobreza, y relaciones de producción basadas en valores de solidaridad, así como en el parentesco o en el intercambio maestro-aprendiz.

La tecnología de mano de obra intensiva utilizada para las actividades de comercio, artesanías, servicio doméstico, etc., en las UD, generó, asimismo, una inexistente o irrelevante capacidad de acumulación por la baja productividad de trabajo (Coraggio, 1991). La utilización de técnicas rudimentarias en estas pequeñas unidades de producción y la mano de obra escasamente calificada, reducen su producción

generando ingresos bajos e irregulares, así como empleos sumamente inestables (Neffa, 2008).

Finalmente, las alternativas de recursos familiares que emergieron, decantando circuitos de satisfacción de las UD en el juego de procesos y relaciones de caracterización conceptual acerca del sector informal (Neffa, 2008), señaló la participación de miembros de la familia en la UD, como productores y trabajadores independientes, asalariados o aprendices sin remuneración.

Siguiendo a Neffa (2008), en general, las UD fueron integradas por trabajadores independientes dueños de sus propios microemprendimientos en el sector informal, trabajadores por cuenta propia que produjeron bienes exclusivamente para uso final de su hogar, trabajadores asalariados y trabajadores familiares auxiliares. Si bien entre los miembros de las UD se hallaron trabajadores familiares no remunerados en actividades de trabajo doméstico, también se hallaron distintos tipos de trabajadores asalariados en el sector informal.

Aparecieron asalariados de manera continua, empleados por UD informales, como en el caso de Raquel que recibía pago por limpiar la casa de su madre y lavar su ropa. Asalariados de manera continua, empleados por empresas de empleadores informales, como en el caso del “trabajo en negro” de Marina “macheteando” para una organización social del barrio. O asalariados de manera continua, empleados por empresas del sector formal, como Noelia trabajando “en negro” de secretaria en la oficina de la UCR o el marido de Raquel trabajando “en negro” en el Correo argentino.

3. Programas sociales

La decantación de los circuitos de satisfacción, respecto a los programas sociales, emergió, principalmente, en el juego de procesos y relaciones de contención y/o exclusión estatal, así como en el juego de procesos y relaciones de clientelismo. Para algunas mujeres entrevistadas los programas estatales de subsidios y de seguridad alimentaria¹⁵, aparecieron como alternativas de recursos sociales que, si bien lograron satisfacer necesidades en el corto plazo, no modificaron en el largo plazo las situaciones de vulnerabilidad social en las que se encontraban las UD beneficiadas.

En el caso de las UD que accedieron a la Asignación Universal por Hijo¹⁶:

15 Los programas sociales se proliferaron particularmente en la década del noventa, como respuesta a la emergencia social de pobreza y exclusión social que sufría Argentina. Esta emergencia se gestó desde la década del setenta, explotó con los efectos de implementar políticas neoliberales, desplegadas en toda la región durante los años noventa (Lindenboim y Danani, 2003), y se agudizó alrededor de la crisis del 2001. La desigualdad y exclusión social, considerados rasgos estructurales de la sociedad argentina en ese momento (Grassi, 2003a y Grassi y Danani, 2009), demandaron políticas sociales entendidas “como aquellas intervenciones del Estado que se orientan (en el sentido de que se producen y se moldean) directamente a las condiciones de vida y reproducción de la vida de los distintos sectores y grupos sociales, y que lo hacen operando especialmente en el momento de la distribución secundaria del ingreso” (Danani 2004:11). Siguiendo a Grassi, Hintze y Neufeld (1994), como contraparte al “trabajador formal” que surgió en la expansión de los derechos sociales durante el primer peronismo, convirtiéndose más tarde en desempleado y pasando a ser un “sujeto vergonzante: el pobre por desocupación”, se creó una categoría de “carácter residual de la asistencia social”, legitimando como destinatarios de la política a aquellos imposibilitados para integrarse al mercado de trabajo por razones específicas y ajenas a su voluntad: invalidez, vejez, viudez, madresolterismo, etc. Es así como en esta crisis de desigualdad, pobreza y exclusión social alrededor del desempleo, los “desocupados” se constituyeron en población objeto de las políticas de asistencia social (Grassi, 2003a).

16 Según el Ministerio de Salud del Gobierno de Buenos Aires, la Asignación Universal por Hijo (AUH) es definida como “una prestación dineraria que se abona en forma mensual establecida por el Decreto Nacional N° 1602/09 destinada a aquellos niños, niñas y adolescentes menores de 18 años o discapacitados sin límite de edad, residentes en la República Argentina, que no tengan otra asignación familiar y cuyos padres estén desempleados, trabajando en el mercado informal o en el servicio doméstico (percibiendo una remuneración menor al salario mínimo, vital y móvil) o sean monotributistas sociales”. La AUH se creó en octubre de 2009 y reemplazó el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJyJHD) y el Programa Familias por la Inclusión Social (PF) (Hintze, 2007). “La AUH [se extendió] a sectores de la población nunca cubiertos. Concretamente, trabajadores en distintas condiciones de informalidad (laboral y/o económica) y siempre de bajos ingresos: desocupados, monotributistas sociales y personas que se desempeñan en la economía informal o que perciben un ingreso inferior al salario mínimo” (Danani y Hintze, 2013:46). Como ejemplo de los criterios de selección para acceder a programas en torno a la AUH, en los relatos Karina señaló su cambio a la AUH luego de permanecer durante un período prolongado con el Plan Familia que reemplazó la AUH, siendo excluida como beneficiaria y sujeto de derecho por no cumplir con los criterios estatales para acceder al Plan. Según el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, este plan tenía como objetivo “promover el desarrollo, la salud y permanencia en el sistema educativo de los niños, y evitar la exclusión social de la familia en situación de pobreza [...] con hijos menores de 19 años, ampliando oportunidades y capacidades a mujeres, niños, adolescentes y jóvenes. Dicho ingreso promoverá adicionalmente tanto el acceso de todos los integrantes de las familias beneficiarias -especialmente de las mujeres- a los servicios, como así también a actividades de participación y organización de la comunidad”.

[Josefina]: Gracias a Dios cobro una ayuda que no es mucho pero es una ayuda [...] Pago la luz, pago \$100, \$200 me llegó esta mañana la boleta, \$230. Al plan estoy cobrando casi \$280. O sea que me quedan 50 pesos para comprar una bolsa de jabón de tres kilos para lavar la ropa, nada más.

[Karina]: Por lo menos con eso juntaba, para cuando comiencen las clases, comprarle las cosas a las chicas.

[Marina]: El salario universal, ese que dio la presidenta [...] lo necesito más para el bebé. En este caso para los pañales y la leche. Eso es lo que uno gasta. Son \$140, no alcanza para nada, pero bueno.

[Candelaria]: [Destina la AUH] para pagar los abonos [pasaje de transporte público] de mi hija y para pagar la cucheta que le compre para mí otra hija. Para más nada.

Los recursos sociales de la AUH si bien constituyeron ingresos económicos importantes con distintos usos, sólo representaron ayudas para resolver situaciones urgentes de forma inmediata. Es así como la AUH se inscribió en procesos y relaciones de contención estatales que no modificaron la posición de vulnerabilidad social de los beneficiarios. Los programas sociales del Plan Nacional de Seguridad Alimentaria¹⁷ también se inscribieron en procesos y relaciones de contención estatal, siendo parte de la base alimenticia de las UD familiares o parte de los ingresos económicos que recibían por sus “trabajos en negro”.

A su vez, programas de seguridad alimentaria, como la copa de leche¹⁸ o los bolsones de alimentos¹⁹, aparecieron en un juego de procesos y relaciones de

17 El Plan Nacional de Seguridad Alimentaria (PNSA) fue creado en 2003, según el Ministerio de Desarrollo Social (MDS), con el objetivo de “posibilitar el acceso de la población en situación de vulnerabilidad social a una alimentación complementaria, suficiente y acorde a las particularidades y costumbres de cada región del país”.

18 De acuerdo con el MDS, el programa “copa de leche” tiene como “objetivo mejorar la calidad de vida de un grupo poblacional especial que se encuentra en condiciones de alta vulnerabilidad socio nutricional. Brindando un complemento alimentario, con el fin de asegurar el normal funcionamiento de las Instituciones que prestan el servicio [...] los beneficiarios del programa son niñas y niños de 6 meses a 14 años de edad, los ancianos, personas con capacidades diferentes y embarazadas, con alto riesgo nutricional y/o proveniente de familias en condiciones de pobreza o vulnerabilidad social. Este programa consiste en la distribución de víveres secos a organizaciones que presten el servicio o quieran prestar el mismo, mediante un complemento nutricional constituido por leche, azúcar, harina, sémola, arroz, cacao, yerba, fécula de maíz y mermelada [...] podrá brindarse con la modalidad de desayuno o merienda”.

clientelismo. Por ejemplo, las organizaciones sociales y políticas de la zona les otorgaron acceso a los bolsones de alimentos a Marina y Tamara, en contraprestación de su participación en tales organizaciones. Para Marina representó beneficios en los costos del bolsón ya que sólo pagó el traslado, mientras que para Tamara representó beneficios adicionales, como el acceso a salud:

[Marina]: Los bolsones de mercadería son más baratos. Los venden a seis pesos. Viene, por ejemplo, dos azúcar, un aceite, leche, picadillo. Ponete a hacer un balance de eso y sale el doble, triple de caro cada producto. En cambio, ellos te cobran directamente lo que sería el viaje [desde San Salvador de Jujuy hasta el barrio Alto Comedero].

[Tamara]: Aparte de los bolsones, si necesitamos ir al dentista, podemos ir a una salita en el barrio de la Túpac.

Los procesos y relaciones de clientelismo decantando, a su vez, circuitos de satisfacción de las UD en el juego de procesos y relaciones de contención estatal, aparecieron también en el acceso y contraprestación a través del programa de seguridad alimentaria “copa de leche”. Ana implementó este programa en su residencia, extendiendo su relaciones comunitarias al brindar merienda a los niños vecinos, como parte de las responsabilidades con la organización social a la que pertenecía. Igualmente, fue un servicio de contraprestación con tal organización social por facilitarle el acceso a su vivienda, ubicada en la zona conocida como 18 hectáreas del barrio Alto Comedero.

19 El MDS refiere que los bolsones de alimentos son considerados un “complemento alimentario, el cual contiene 800 grs. de leche en polvo, 1 Kg. de fideo, 2 Kg. de arroz, 1 Lts. de aceite, 2 Kg., de harina, 2 Kg. de sémola, 500 grs. de arveja seca o soja, 1 Kg. de maíz pelado, 2 Kg. de azúcar. [...] se encuentra destinado a familias indigentes de alta vulnerabilidad social en riesgo nutricional”, estos son entregados a los beneficiarios a través de municipios, consejos consultivos, agrupaciones y ONGs.

Rosa prestó el servicio de la “copa de leche” en su casa como parte de su trabajo bajo relación de dependencia, beneficio otorgado por el político de la zona con el que trabajaba en el municipio. Aludió que podía prestar el servicio de la “copa de leche” como actividad que reemplazaba su trabajo. Si bien los programas de seguridad alimentaria resultaron en alternativas de recursos sociales que contribuyeron al sostenimiento alimenticio de las UD propias y vecinas, en los relatos emergió una jornada laboral adicional para las mujeres beneficiarias en el juego de los procesos y relaciones de clientelismo.

Para otras mujeres entrevistadas los programas estatales de empleo, se configuraron como recursos sociales y, algunas veces, económicos, en procesos y relaciones de clientelismo. Estas alternativas de recursos también satisficieron necesidades en el corto plazo, en contraprestación de la participación con organizaciones políticas y sociales del barrio. En el acceso y uso de los recursos sociales provenientes del Programa de Empleo Comunitario²⁰ (PEC), las mujeres dieron cuenta de los procesos y relaciones de clientelismo en sus relatos:

[Noelia]: El año pasado en el comité donde estoy trabajando [como secretaria en una oficina de la UCR] era época de elecciones. Se dieron los planes. Era un tema de clientelismo. Se fueron a anotar gente. Como estaba trabajando ahí y estoy en negro, me dieron el plan. [...] El dinero del plan, depende del mes, a veces hago compras para mí u otras veces hago inversiones. También lo pongo ahí. O depende del mes. No tengo algo fijo. Cobro y es lo que tengo en el

20 De acuerdo con lo establecido por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTYSS) el Programa de Empleo Comunitario (PEC) tiene como objetivo “promover la participación de trabajadores desocupados en situación de vulnerabilidad social en proyectos que mejoren su empleabilidad y faciliten su inserción laboral. Dichos proyectos serán de obras o servicios comunitarios, productivos, de formación profesional o tendrán por objeto acciones orientación y de reinserción laboral”. El PEC fue creado por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social en el año 2003, otorgando un monto de dinero y en contraprestación los beneficiarios debían realizar actividades “comunitarias” de carácter mensual (Ayo, 2011). Nació a partir de la experiencia generada del Programa de Emergencia Laboral (PEL) y en el marco de la aparición del Programa Jefas y Jefes de Hogar en el año 2002. Los beneficios económicos del PEC fueron similares al PEL lanzado en 1999 “en el contexto de la declaración de la emergencia social, económica, administrativa, financiera y cambiaria por parte del gobierno nacional. El MTYSS decide abrir la incorporación al PEL a sectores que quedaban por fuera de la delimitación de la población objetivos del Programa Jefas y Jefes de Hogar, especialmente los jóvenes” (Ayo, 2011:3).

momento. Por ejemplo de la casa me faltó comprar mercadería, entonces voy y compro con eso.

[Tamara]: No uso esa plata. Se la doy toda a mi mamá. [...] Ahora le estoy dando porque ella tenía una cuenta. Le estamos dando hasta que cobre todo. Le estamos ayudando a mi mamá. Mi hermano está haciendo lo mismo [beneficiario del PEC].

A Noelia la organización social para la que trabajaba le otorgó el PEC como parte de su salario “trabajando en negro”, mientras que a Tamara la organización social en la participaba le otorgó el PEC y en contraprestación debía ser parte del programa de seguridad alimentaria “copa de leche”. En el juego de procesos y relaciones de clientelismo, tanto Noelia como Tamara no pudieron cumplir con el objetivo del PEC.

Si bien Noelia podía acceder al PEC, orientado a “desocupados”, por encontrarse en un trabajo no registrado, no fue contratada bajo relación de dependencia beneficiándose de las cargas laborales que le harían por ley. Aunque Tamara destinó parte de su tiempo a cumplir con la responsabilidad comunitaria que implicó la “copa de leche”, no pudo acceder a una actividad productiva con orientación de inserción laboral como estipula el PEC.

En algunos relatos los programas sociales aparecieron en un juego de procesos y relaciones de exclusión social, primero a nivel estatal y luego a nivel local. Por ejemplo Raquel no fue catalogada como sujeto de derecho, según criterios estatales estipulados para ser beneficiario de sus programas sociales, ni tampoco fue incluida por aquellas organizaciones políticas barriales que beneficiaban a aquellos que no habían sido seleccionados por el Estado. En su doble exclusión social, Raquel consideró que:

Incluso hasta de los planes reniego. En vez que les den planes [...] yo diría “bueno ¿vos quieres estudiar? Yo te voy a ayudar, pero vos vas a estudiar y yo te voy a ayudar”. Pero no esos que... Hay mucha gente que cobra y no trabaja. Es injusto. ¿Para qué lo usan? Para tomar. Yo conozco... alrededor del mercado hay conventillos, montón de conventillos. Ellos cobran hoy el plan, por ejemplo un viernes. El sábado chupan todo el día y el domingo. Hasta las mujeres tiradas. No entiendo por qué les dan los \$225 a esa gente para que se chupe, en vez de darle a un chico joven que quiera estudiar. Sé que no le va a alcanzar, pero que le den más para que el chico se capacite y el día del mañana sea algo. Quizás no estudia porque no tiene posibilidad, porque los padres no lo pueden ayudar. Últimamente, como está la situación económica es muy difícil que estudie.

En el contexto de estos programas sociales inscritos en procesos y relaciones de clientelismo con organizaciones sociales de la zona, Raquel consideró que tales programas fueron injustos por otorgarles beneficios a sujetos que no lo merecían, a pesar de compartir las situaciones de vulnerabilidad de las UD vecinas que accedieron a dichos programas.

Las estrategias de vida desentrañadas en este apartado, señalaron a los programas sociales no sólo como articuladores de la hibridación de recursos sociales y económicos, decantando circuitos de satisfacción de las UD a cambio de jornadas de trabajo adicionales para las mujeres beneficiadas. Los programas sociales también emergieron como articuladores de la normatización y normalización estatal, catalogando y seleccionando sujetos merecedores de su intervención y politizando el ámbito de la reproducción social (Grassi 2003a).

Es así como en el juego de procesos y relaciones de contención estatal, clientelismo político, exclusión y doble exclusión social, en torno a los programas sociales, quienes se consideraron, académica y jurídicamente, como sujetos de derecho, fueron

difuminándose como tal mediante políticas sectorizadas e instituidas bajo procesos y relaciones que perpetuaron la desigualdad social.

En los siguientes dos subapartados se rastreará en profundidad el juego de procesos y relaciones escudriñado en este apartado, enfocando el análisis en las tensiones que narraron las mujeres, entre los beneficios que ofrecieron los movimientos sociales y el compromiso político y movilización que encarnaron algunas mujeres y que, a su vez, fue estigmatizado por otras mujeres. En sus experiencias de vida las mujeres aparecieron como agentes sociales de su UD, desplegando desde su trabajo un flujo de intercambio, instrumental y simbólico, con otras UD. En los casos analizados, esas otras UD fueron las organizaciones barriales de los movimientos sociales, instituidas como administradoras legítimas de programas estatales.

3.1. Ser parte de un movimiento social. Beneficios y responsabilidades

Las organizaciones barriales se vieron obligadas a adquirir responsabilidad y entidad jurídica, profesionalizarse y/o organizarse en redes, al asumir la administración de programas estatales (Cravino, 2004). Es el caso del movimiento barrial Túpac Amaru²¹, al que pertenecían Ana y Tamara, y del movimiento social y cultural Tupaj

21 De acuerdo con Maricel Rodríguez (2011), la asociación barrial Túpac Amaru tuvo sus inicios en 1999 como parte del movimiento piquetero en la provincia de Jujuy. Adquirió su rol protagónico a nivel social y político durante el gobierno de Néstor Kirchner 2003-2007. Entre 1999 y 2002 se extendió a varias ciudades de la provincia de Jujuy (San Pedro, El Carmen, Palpalá, la Esperanza, Calilegua, Humahuaca). Es liderado por Milagro Sala, una mujer, con rasgos indígenas, que logró consolidar la organización a nivel nacional. Actualmente está presente en 16 provincias argentinas. Desde su nacimiento, esta

Katari, al que pertenecía Marina a través de la Unión de Trabajadores Barriales²² (UTB), al haber asumido desde mediados de los 90s un rol protagónico en la reproducción de los sectores populares.

De acuerdo con Bottaro (2012), estos movimientos sociales fueron articulándose con el Estado a través de la gestión de aquellos recursos correspondientes a los programas sociales destinados a los más pobres. La movilización y el compromiso político de Marina, Ana y Tamara con estos movimientos sociales, fueron narrados en tensión con beneficios que recibieron en contraprestación de su trabajo, como lo fueron el acceso a programas sociales de seguridad alimentaria, salud, empleo y/o vivienda.

El despliegue de su trabajo con estas organizaciones políticas barriales que representaron a los movimientos sociales en la zona, si bien les permitió hibridar alternativas de recursos sociales, decantando circuitos de satisfacción que complementaron los recursos de contención en las UD, también les implicó la realización de tareas adicionales sin remuneración.

En las realidades sociales instituidas por ellas, se tejió un juego de demanda y oferta entre las UD familiares y las UD que instituyeron las organizaciones políticas

organización tuvo tres ejes principales: trabajo, salud y educación. Inició su acción territorial a través del programa de seguridad alimentaria “copa de leche”, destinado a cubrir las necesidades de los niños de barrios marginados. Posteriormente gestionó el plan Jefes y Jefas de hogar (JJHD), combinando acciones de protesta con la intermediación territorial.

22 Según el *blog* oficial del Movimiento Social y Cultural Tupaj Katari, la Unión Trabajadores Barriales (UTB) es una de las organizaciones sociales independientes de tal movimiento, el cual está conformado por distintas organizaciones sociales. Desde su fundación esta organización tomó los galpones de la vieja estación de trenes de San Salvador de Jujuy como espacio recuperado. La Tupaj Katari obtuvo su nombre en “homenaje a uno de los líderes de las comunidades de América latina, quien junto a su esposa y su pueblo, luchó y murió por la reivindicación de los pueblos originarios ante la colonización española”.

barriales. Estas organizaciones tuvieron un rol protagónico en el barrio Alto Comedero, al administrar y otorgar programas sociales del Estado.

En sus narrativas emergió un intercambio, por medio del trabajo de las mujeres en calidad de agentes sociales de sus UD, entre los beneficios otorgados por las organizaciones políticas para satisfacer necesidades y las responsabilidades asumidas por Marina, Ana y Tamara, en actividades no remuneradas bajo la bandera del movimiento social. Estas experiencias de vida señalaron cómo se concretizó e implementó, en el trabajo de las mujeres, la responsabilidad y reciprocidad adquirida entre los movimientos sociales y el Estado, respecto a la administración y cumplimiento del objetivo de los programas sociales.

Siguiendo a Barsotti (1981), este intercambio simbólico e instrumental de bienes y servicios de consumo entre UD, se desplegó en las prácticas que realizaron sus agentes sociales. La legitimación de tales prácticas de intercambio entre beneficios y necesidades, apareció en los relatos, específicamente, en el juego de procesos y relaciones de compromiso político y movilización.

El acceso de Ana a una vivienda propia le llevó a asumir un compromiso político, construido desde la responsabilidad con la organización barrial Túpac Amaru, retribuyendo este beneficio al brindarle a la comunidad la “copa de leche” en su casa, programa bandera de tal organización. También relató cómo en una ocasión se vio obligada a cancelar su trabajo de venta de comida en la ciudad de Salta porque coincidía con una movilización de la Túpac Amaru.

El compromiso político, en el caso de Tamara, fue asumido con la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) de la Túpac Amaru, expresado en términos de la

poca participación requerida y construido respecto a movilizaciones que ella consideró de carácter obligatorio. El trabajo que realizó en su UD y el compromiso político que adquirió con la organización política, consecuencia de haberle sido otorgado el programa social “copa de leche”, lo narró de la siguiente manera:

El beneficio es el Programa de Empleo Comunitario. Aparte de los bolsones de alimentos también podemos ir al dentista. Podemos ir allá, a una salita en el barrio de la Túpac. Para las otras personas también tiene, por ejemplo, para chicos con discapacidades. [...] Una vecina me dijo que estaban anotando [en el programa de seguridad alimentaria “copa de leche”] y me preguntó si quería entrar, así que bueno [risa]. [...] Si hace calor les hacemos postres o gelatina con frutas. Si hace frío, el arroz con leche. [...] Son muchos chicos de todas las edades, desde chiquititos hasta los doce más o menos. [En las movilizaciones] primero están los que son tipo albañiles. Ellos son los que cobran más entonces están más adelante. Después están los delegados de la copa y nosotros al último. [¿Vas a las movilizaciones de la CTA?]: Cuando me dicen que vaya. [¿Tienes que ir?] Sí, pero no hacemos nada. Nos ponemos al último y no hacemos nada. [...] Ellos están ahí amontonados y nosotros estamos ahí relejos. Es como si no estuviéramos porque a veces nos vamos a pasear [risa]. Total, ellos no se dan cuenta.

En el caso de Marina, desde su trabajo también instituyó procesos y relaciones de compromiso político y movilización, asumiendo un rol de agente social entre su UD familiar y la UD que configuró la Unión de Trabajadores Barriales (UTB). El trabajo de Marina le permitió hibridar recursos sociales y económicos, generados a partir de programas sociales provenientes directamente del Estado y de beneficios otorgados y administrados por la UTB, rama perteneciente al movimiento social y cultural Tupaj Katari.

La hibridación de recursos económicos a partir de programas sociales, fueron generados a partir del “trabajo en negro” “macheteando” que le consiguió la UTB. Marina relató que este trabajo no sólo “no le perjudica el salario del chico [AUH]”, sino que, junto con el beneficio de pagar menos por los bolsones de alimentos, le ayudó “para construir la casa”.

Marina también hibridó recursos sociales para su UD, generándolos desde su trabajo al brindar la “copa de leche” y articulando su generación, estratégicamente, con otras UD inscritas en programas sociales de seguridad alimentaria. Relató cómo en su intento de alimentar a sus hijos: “sólo era ponerse de acuerdo con las otras organizaciones. Acá a la vuelta hay una que da [copa de leche] lunes, miércoles y viernes. Me tendría que poner de acuerdo martes y jueves [accediendo a la copa de leche en su casa] para que los chicos no queden sin su merienda los días que no hay”.

En esta hibridación de recursos sociales, generados desde su trabajo y el trabajo de otras mujeres, Marina relató cómo instituyó procesos y relaciones de compromiso político y movilización. Hizo énfasis en las distintas formas de militar, mediante un contraste con otras organizaciones barriales, respecto al compromiso político e ideologías en torno a las movilizaciones y el reclamo de derechos:

UTB es una de las ramas que le pertenece al perro Santillán. De los derechos humanos [...] lo que más me gusta es que se diferencian de las demás. Las demás son un poco violentas y terminan peleando, haciendo cosas agresivas que terminan lastimando a las personas. En cambio nosotros nos dedicamos a marchar para pedir justicia por alguna cosa que paso en el grupo. Después, no cortamos rutas. Eso es lo que más tenemos. Nos diferenciamos mucho de las otras y eso es lo que a mí me gusta.

En estos relatos no sólo emergieron alternativas de recursos sociales, generados desde el trabajo de las mujeres para satisfacer necesidades de las UD propias y vecinas. También se instituyeron compromisos políticos que les demandaron mayor tiempo y fuerza de trabajo. Según las narraciones, estos compromisos fueron contruidos para retribuir beneficios otorgados por las organizaciones políticas. A partir de tales beneficios las mujeres generaron recursos económicos mediante “trabajos en negro” y generaron recursos sociales implementando programas

estatales bandera de las organizaciones barriales y asistiendo a movilizaciones o reuniones convocadas por los movimientos sociales.

Las movilizaciones exigieron no sólo una redistribución de los tiempos y actividades que las mujeres dedicaban a otros espacios, sino que también desencadenaron procesos de estigmatización en torno a las prácticas de intercambio beneficio-necesidad, por parte de otras mujeres. Las mujeres que no pertenecían a los movimientos sociales, catalogaron negativamente a los grupos de sujetos de las UD involucradas en tal intercambio. En el siguiente apartado se revisará cómo las mujeres que no pertenecían a los movimientos sociales deslegitimaron este juego de procesos y relaciones de compromiso político y movilización.

3.2. Cuando no se es parte de un movimiento social. La mirada de quien no pertenece

La crisis económica, política y social en Argentina, agudizada en el 2001, afectó a los sectores medios y populares que vieron caer sus ingresos económicos y nivel de vida. El acceso a programas sociales, dirigidos al desempleo y la pobreza, se convirtió en estrategia de vida para estos sectores sociales (Hoop, 2009). Además, con el fin de salir de esta situación crítica, en su mayoría, las mujeres entrevistadas recurrieron al trueque para obtener vestimenta y/o alimentos, crearon microemprendimientos, realizaron “trabajos en negro”.

Si bien coincidieron en el grupo social que las categoriza, académica, económica y jurídicamente, como sujetos de derecho en situación de vulnerabilidad, e incluso algunas se conocían por pertenecer al mismo Banco Comunal o ser vecinas, su principal distanciamiento y el desencadenamiento de procesos y relaciones de estigmatización entre ellas, se generó a partir del hecho de pertenecer, o no, a los movimientos sociales.

Dichos movimientos se instituyeron en UD, configuradas como organizaciones políticas que ofrecieron beneficios para satisfacer necesidades de reproducción de UD familiares. Se instituyeron así en un intercambio simbólico e instrumental. Simbólico en términos de la legitimidad política que ganó el movimiento, cuya legitimidad fue encarnada por las mujeres en el servicio que prestaron a la comunidad bajo su bandera (en el caso de la “copa de leche”). Instrumental en términos del trabajo desplegado por las mujeres para transformar los beneficios otorgados, mediante herramientas materiales, prácticas y saberes (en el caso de elaborar comida), generando por medio de su trabajo recursos sociales para hibridarlos con otros recursos alternativos en su estrategia de vida.

Candelaria, Josefina, Raquel, Karina, Rosa y Noelia, no les fueron otorgados beneficios por parte de los movimientos sociales y no instituyeron su UD en el intercambio, simbólico e instrumental, mencionado en el párrafo anterior. En sus experiencias de vida construyeron un posicionamiento como sujetos excluidos del conjunto de beneficios otorgados por los movimientos sociales, en la tensión entre dos significantes. Un significante que apareció en los relatos fue los beneficios de

pertenecer a los movimientos. El otro significativo que emergió en los relatos fue el valor de utilidad de tales sujetos para los movimientos.

Estos dos significantes no sólo fueron el desencadenante de sus relatos acerca del otro, acerca de las motivaciones en las acciones y del uso de los beneficios de aquella mujer que sí pertenecía a los movimientos sociales. También fueron el desencadenante de sus relatos acerca de la utilidad que representaban aquellas mujeres para los movimientos sociales. En esta tensión de significantes se construyeron relatos de estigmatización del otro, destacando valores como la justicia, el merecimiento o la utilidad de los sujetos.

Mediante el desencadenamiento narrativo, a partir de estos dos significantes, en sus experiencias de vida construyeron una realidad social en la que se posicionaron, deslegitimando el juego de procesos y relaciones de compromiso político y movilización, entre UD familiares y UD instituidas por las organizaciones políticas barriales. Los procesos y relaciones de estigmatización entre estas UD, se relataron respecto a los beneficios que otorgó el movimiento social.

Candelaria, Josefina, Raquel, Karina, Rosa y Noelia, significaron también la realidad social en la que convivían con aquellas vecinas a quienes se les otorgaban tales beneficios, cuestionando el acceso que podría tener, o no, la comunidad que no pertenecía a dichos movimientos. En los relatos de Candelaria, Josefina, Karina y Rosa, se significaron los beneficios que ofrecían los movimientos sociales estigmatizando el juego de procesos y relaciones entre UD, aludiendo a prácticas gueto, ilegalidad, violencia, clientelismo, extorsión, menosprecio por el trabajo del otro, exclusión y monopolio:

[Candelaria]: No [hay beneficios por pertenecer a los movimientos sociales] porque le dan un bolsón de mercadería no más. Por un bolsón, dos bolsones van a cortar [la calle]. O si no para que le aumenten... ¿cómo se llama esto que les dan?... el subsidio, o porque algunos trabajan y no les pagan, según dicen ellos, van a cortar ahí, a apoyar a todos ellos. A mí no, yo no tengo ningún favor con ellos. [...] Acá yo no he visto [beneficios en la comunidad de Candelaria], allá sí [a pocas cuadras del lugar donde reside Candelaria están ubicadas algunas de las viviendas construidas por la Organización Barrial Túpac Amaru]. Dicen que tienen un colegio primario, secundario, ¡todo!. Que algunos chicos van, que están bien, pero la verdad que no conozco el colegio. Nunca fui ni tampoco me ha interesado. Algunos me dicen hay que ir a movilizar por esto o por aquello. Prefiero estar fuera de todo.

[Josefina]: Sí han hecho. Pero [los movimientos sociales de la zona] no está bien. Lo veo más comunista. No socialista porque ellos son ellos y nadie entra. Son la ley y ellos son Dios. Ahí no entra nadie. No entra la policía. Chicos y chicas que son golpeados y violados acá en el Alto, en esas regiones, en el Cantri [barrio construido por la organización social Túpac Amaru], no es conocido. Se vende droga ahí. Se vende de todo. Lamentablemente la policía no puede hacer nada. Entonces ahí es que va creciendo, para mí, la violencia. Se difama muchas cosas. Lo que han hecho, que yo sé de oído no mas, es la pileta. Para ir a comer asado. Han hecho una escuela, pero todos los que van a la escuela, todos, son de ahí, de su Cantri. Chicos que son de otro lado no pueden entrar. Tienen su propio hospital, ambulancias. Pero es como un mundo aparte. Es como un Japón aparte.

[Karina]: Los beneficios que le dan creo que son bolsones. Hacen puntaje y no sé si el día de mañana les darán algún cargo. Por lo menos hace tres años que la veo [a una amiga] andando así y nada. Lo que pasa es que es por conveniencia la mayoría de los cargos.

[Rosa]: No [participó en los movimientos sociales] porque no me voy a hacer basurear con nadie. Vos vas a trabajar en las obras esas, a alguno le dan una vivienda, si vos dejás de trabajar te la quitan. Así es, te la quitan. Si vos no vas a trabajar te pegan. Si vos te querés salir te pegan. La patotean a tu familia, le pegan a tu familia. Si vos no vas a cortar la ruta ya no te dan el bolsón, no te pagan, te sacan. Eso [los programas sociales] viene del gobierno. [...] A nosotros nos tendrían que haber hecho acá la vivienda, adelante, pero no nos hicieron. Si el centro vecinal es para ellos no más. Todo lo que viene de la nación es para ellos, no tenemos nada. [...] Yo digo [a su compañera Marina del Banco Comunal quien se benefició de programas de seguridad alimentaria]: “vos no tenés que ir a cortar rutas. ¿Vos por qué tenés que ir a cortar rutas?”. Dicen que les pagan \$150 algunas agrupaciones para que vayan. ¡No!, ¡yo no! Vos has visto que la... ¿cómo se llama?... que la Marina va a cortar yuyos. A pesar de que yo soy empleada pública iba a trabajar en el monarca lavando ollas y limpiando el piso. O sea que hice de todo.

En contraste con los cuatro relatos anteriores, si bien hubo alusión a percepciones de prácticas de monopolio del poder y de corrupción en el desvío de fondos públicos, el

relato de Noelia significó el movimiento social, respecto a los beneficios que ofrecía, legitimando el juego de procesos y relaciones de construcción simbólica entre UD, alrededor de mitos y mística de figuras políticas, basada en su propia experiencia de vida:

Nosotros la habíamos ido a buscar [a Milagro Sala, dirigente de la Organización Túpac Amaru] para pedirle [recursos y organizar un evento para los chicos del barrio]. Si hubiésemos sido otros atorrantes, otras personas, qué sé yo, mal intencionadas, se quedaban con la plata o le hubieran mentido. Pero no sé si ella nos vio y nos creyó, o qué sé yo. Al otro año también, pero le mandamos una nota y le fuimos a agradecer. Nos dijo “¿cómo les fue?, ¿lindo?, ¿bien?”. Nada más. ¡Jamás que nos metiéramos a su organización o nada!”. [...] Con el que si habíamos hablado bien fue con el marido. El marido sí nos preguntó qué era lo que estudiábamos, qué hacíamos, si cuando termináramos queríamos trabajar con ellos, qué sé yo, con lo que nosotros terminábamos de estudiar... pero ya no nos quisimos meter más. Como iban pasando los años Milagro... iba creciendo su imagen acá en Jujuy, a nivel nacional también y como que le tenían más temor o no sé. Tengo la fantasía de algún día escribir un libro sobre ella [risa]. Sí, porque tiene todo ese mito. Esas personas que no sabes si es verdad o mentira. Vos escuchas que te dicen que ella pega, que ella golpea, que ella no sé qué, que es remafiosa, que tiene la gente, que maneja drogas y qué sé yo. Pero, por otro lado, por lo que viví, era todo lo contrario. Con esto y con la persona que yo vi, tampoco. Cuando habla ¡la fuerza que tiene! Tiene toda una mística. Cree y lleva a la gente. Esa es mi opinión personal. [...] Gente que no tenía posibilidad, ahora tenga su casa o tenga acceso, qué sé yo, a las piletas de natación. Todo eso. Que ellos hagan ver que es accesible para todos. Por ejemplo, acá en Jujuy muchas piletas son para la gente que tiene plata. Acá en Alto Comedero era imposible ver una pileta. O sea tenías que vivir en un barrio que tuviera alto nivel adquisitivo o ir a algún club que también te cobraban, pero no eran montos altos. El que pagara tenía plata ¿viste? En cambio uno tiene acá las piletas de natación que son accesibles. Podes entrar, puedes ir y vas a ver muchos chicos que van. Mis hermanos fueron ahí y eso para mí está bien. Los nivela a todos. Eso es algo positivo de la organización. Después todo lo que hicieron con respecto a las viviendas y darles la posibilidad de trabajo. Todo eso me parece fantástico. [...] Lo que no estoy de acuerdo es, por ejemplo, la concentración de poder. Porque todo se concentra, en este caso, en Milagro Sala. O al menos eso es lo que se ve de afuera. Hay una sola concentración de poder. Entonces ¿qué pasa? Al tener tanta concentración de poder, son como los políticos, se envician, y terminan destinando fondos que debían ser para una cosa... desviando para otro lado.

Los relatos de Candelaria, Josefina, Karina y Raquel también se desencadenaron desde el significante del valor de utilidad de los sujetos beneficiados. A partir de sus

experiencias de vida, estigmatizaron el juego de procesos y relaciones entre UD, respecto a los compromisos adquiridos y a las movilizaciones u otras actividades exigidas en contraprestación de los beneficios otorgados. En sus relatos aludieron a la condición de esclavo que se adquiere, a los costos personales que conlleva el abandono del trabajo y/o familia, a prácticas de violencia, ilegitimidad en las prácticas de militancia, y/o militancia a cambio de migajas o de promesas incumplidas:

[Candelaria]: No me gusta [pertenecer a un movimiento social] por la esclavitud que tienen ellos [risa]. No me gusta porque ellos te llevan a movilizar, ¡a perder el tiempo! Pierdo el tiempo allá porque en vez de estar haciendo los quince kilos de bollos aquí, voy a estar parada golpeando los bombos ahí frente a la casa de gobierno. ¡Entonces no!, prefiero quedarme aquí trabajando en mi casa y no perdiendo el tiempo. Voy a tener hambre mañana y qué me van a dar.

[Josefina]: No soy partidaria [de los movimientos sociales]. Mi idealismo es trabajar. Soy una mujer de trabajo. Soy una mujer que lucha. No me gusta ser marioneta de nadie, ni que nadie me maneje.

[Karina]: A veces hay muchas reuniones, movilizaciones. Son muchas horas que estás afuera de tu casa. Tengo una amiga. Antes siempre venía, charlábamos. Pero ahora no la veo nunca porque esta todo el tiempo ahí. No tiene tiempo. Se va a la copa, de la copa se va a las reuniones abajo, vuelve a las 11 de la noche. Veo a las chiquitas y andan afuera. [No cree en las organizaciones barriales de los movimientos sociales] porque mi hermana también pertenece a una. Ella trabaja acá en la municipalidad hace como 5 o 6 años. Ahora recién la van a blanquear. La habían blanqueado dos meses pero como se cambió toda la CTA entonces este mes no cobró. Ahora tiene que esperar a ver si le sale para el otro mes. Ella ya estaba blanqueada supuestamente. Tenía un plan transitorio y como cambió toda la organización entonces la dejaron de lado.

[Raquel]: No tengo los mismos pensamientos. Prefiero ser empleada doméstica que ir ahí y que me traten como si fuera un esclavo. Nunca estuve, pero sentí comentarios. Si vos tenés una obra y tenés que terminarla hoy domingo, tenés que venir el domingo y no les interesa tu familia. No le interesa nada. Para mí eso está mal. Los tratan como si fueran esclavos. [...] Supón que tengo un trabajo. ¿Por qué me tienen que obligar a ir a una movilización? ¿Por qué tengo que ir con palos a gritar y apoyar, a esos, lo que gritan o defiendan?. ¿Por qué? Vine a buscar un trabajo, no a salir a la calle a hacer manifestaciones. ¿Por qué les tengo que quitar los derechos a los demás? Me da bronca cuando salgo y están todas las movilizaciones. Uno no puede ir en colectivo porque cortan la ruta, las calles. Me molesta. Creo que eso tiene más ignorante a la gente porque les dan unas pequeñas migajas. Creo que no podés capacitarte [destacando,

anteriormente, la importancia de los programas sociales en educación en la zona]. Ellos tienen esos pensamientos de querer agredir, de hacer daño.

Las experiencias de vida rastreadas en este último subapartado, respecto a cómo significaron en su realidad social los procesos y relaciones de intercambio, simbólico e instrumental, entre UD, señalaron los beneficios otorgados y el valor de utilidad de los sujetos, como dos significantes que desencadenaron relatos de estigmatización acerca de los movimientos sociales y acerca de aquellas mujeres que participaron en tales movimientos. En la construcción de sus realidades sociales, narraron esta estigmatización aludiendo a procesos y prácticas de exclusión, desigualdad e injusticia social, ausencia del Estado, monopolio del poder, etc., instituyendo así las organizaciones políticas barriales como UD de gestión y no como agencias de cambio.

En sus relatos apareció una estigmatización hacia las prácticas y condiciones de vida que generó el compromiso político y la movilización en sí misma, sin dedicar mayor consideración a la solidaridad y empatía que les podrían generar sus situaciones de crisis. Tampoco apareció en los relatos una posible lectura de las implicaciones del trabajo adicional que desplegaron las mujeres para transformar los beneficios, otorgados por los movimientos sociales, en recursos sociales alternativos, hibridándolos a otros recursos para satisfacer necesidades de reproducción de la vida en sus UD.

Como ya se mencionó en apartados anteriores, la responsabilidad que las mujeres estigmatizadas adquirieron con los movimientos sociales, generó un compromiso político que se transformó en jornadas de trabajo adicionales, desplegadas, en

algunos casos, mediante “trabajos en negro”, producción de comida, abandono de otro trabajo y/o familia al verse obligadas a asistir a reuniones o movilizaciones.

CONCLUSIONES: TODAS LAS ECONOMIAS EN UN SOLO LUGAR

La noción de trabajo, como objeto de estudio de esta investigación, fue construida y relatada desde la experiencia de vida de las mujeres entrevistadas. Tal noción de trabajo apareció tensionada en la búsqueda por satisfacer las necesidades de sus UD. Buscaron satisfacerlas no sólo combinando diversas actividades de servicios, producción y comercialización en el intercambio con otras UD, sino también sumando alternativas en los recursos familiares, sociales y económicos para el mantenimiento de la UD.

En el contexto de las situaciones de vulnerabilidad social en las que se ubicaron histórico-culturalmente, como grupo social excluido, y en el contexto de sus cargas de trabajo y cargas emocionales adicionales, respecto a las exigencias y responsabilidades familiares que se les demandó de acuerdo con su ciclo de vida familiar, estas mujeres enfrentaron su día a día articulando distintos espacios, prácticas, saberes, procesos, relaciones, redes y agencias, con el fin de resolver las crisis familiares y económicas de su hogar.

En esta articulación emergió la noción de trabajo. Con base en los relatos, se fue manifestando así un hilo argumentativo en la tensión entre la mujer como sujeto articulador y el trabajo como objeto articulador, dando coherencia y cohesión a la discusión de los hallazgos. La mujer apareció como agente de su UD familiar y su trabajo como objeto articulador, desplegando múltiples expresiones de la noción de trabajo de acuerdo con aquello que articuló.

El trabajo socialmente productivo de carácter salarial y mercantil, resultó ser una noción limitada para dar cuenta del trabajo de estas mujeres respecto a la economía popular en la que estaban inmersas. El trabajo apareció más bien como práctica, saber, actividad, proceso y relación, con el objetivo principal de reproducir la vida, constituyendo así a la mujer como agente de su UD familiar.

Las mujeres entrevistadas no sólo generaron intercambios fluidos de producción y consumo con otros espacios sociales u otras UD familiares. En estos intercambios articularon la esfera pública y privada, en torno a sus UD, y articularon los espacios reproductivos como base de los espacios productivos, en torno a sus microemprendimientos.

También generaron intercambios, simbólicos e instrumentales, con el Estado, respecto a los sistemas de seguridad y programas sociales que ofrecía, y con las organizaciones políticas barriales, en tanto agencias administradoras de recursos estatales orientados a los grupos sociales vulnerables.

Específicamente, el trabajo de estas mujeres, en calidad de agentes de sus UD familiares, se desplegó en un juego de prácticas y saberes domésticos involucrados en el cuidado doméstico de su grupo familiar, tareas domésticas de limpieza realizadas para otros de forma remunerada o sin remuneración, prestando servicios de seguridad alimentaria para la comunidad bajo la bandera de los movimientos sociales, produciendo alimentos para la venta y usados también para el consumo familiar.

En el juego de estas prácticas y saberes domésticos, los espacios reproductivos fueron la base de los espacios productivos, otorgando tareas y responsabilidades a las

mujeres para la subsistencia y el cuidado desde el hogar, generando así la calidad de vida necesaria para sostener el sistema económico productivo formal e informal.

Las prácticas y saberes domésticos también aparecieron en microemprendimientos realizados dentro o cerca del espacio familiar. Por ejemplo, la venta de cosméticos por catálogo o los kioscos, fueron microemprendimientos escogidos por las mujeres con el objetivo de resolver, simultáneamente, las tareas domésticas y de cuidado que requirieron los otros miembros de la familia.

El trabajo de las mujeres, en su calidad de agentes, también se desplegó en un juego de prácticas y saberes artesanales involucrados en microemprendimientos intergeneracionales de producción manual y con carácter regional, como lo fue la producción y comercialización de *bijouterie* artesanal, la elaboración y venta de productos de panadería o la producción y comercialización de comidas regionales.

En el juego de prácticas y saberes políticos, las mujeres asumieron o deslegitimaron aquellos compromisos políticos, movilizaciones o asistencia a reuniones convocadas por las organizaciones políticas del barrio Alto Comedero. A cambio las mujeres tuvieron cargas de trabajo adicionales en contraprestación del acceso a beneficios que transformaron en recursos sociales. Si bien tales beneficios eran estatales, fueron moneda de cambio a favor de los movimientos sociales. Estos movimientos administraron el otorgamiento de programas sociales, acceso a salud y recreación a grupos sociales excluidos, excluyendo a otros de los beneficios.

Es así como el trabajo no sólo apareció alrededor de prácticas y saberes, sino también en un juego de procesos y relaciones más amplias cuyo punto de referencia fueron las mujeres. Mediante estos procesos y relaciones la noción de trabajo se ligó a la

mujer en calidad de agente de la UD y como sujeto articulador en los intercambios con otras UD, agencias estatales, agrupaciones sociales o formas institucionales patriarcales. Por ejemplo, emergieron procesos y relaciones de contención estatal. Procesos y relaciones de clientelismo político, exclusión, estigmatización, desigualdad e injusticia social, desencadenadas por los movimientos sociales.

También emergieron procesos y relaciones de reproducción o transfiguración de relaciones de poder al interior de la familia. En tales procesos y relaciones se tensionaron roles sociales móviles asumiendo jefaturas de hogar. Se tensionaron los ingresos principales o complementarios que, mediante los microemprendimientos, permitieron ser, o no, el mayor proveedor(a) que aportó al presupuesto familiar, ejerciendo así el poder en la asignación de tareas dentro del hogar, autoridad y legitimidad en las decisiones para el uso de los recursos económicos.

La noción de trabajo apareció también en el juego de procesos y relaciones de parentesco y solidaridad, dispuestas en el trabajo colaborativo de la UD. Procesos y relaciones de caracterización desde la economía informal, que permitieron desentrañar la UD, en términos de la descripción de sus miembros como asalariados o sin remuneración, el tipo de interacciones involucradas al interior de la UD, su capacidad de producción, etc.

Finalmente, la noción de trabajo desde la experiencia de vida de las mujeres microempendedoras del barrio Alto Comedero de Jujuy, en calidad de agentes de sus UD buscando satisfacer las necesidades de contención y crear espacios de producción y reconstitución de la fuerza de trabajo, apareció en un juego de actividades. Por una parte, actividades de servicios, producción y comercialización

desde sus microemprendimientos. Por otra parte, actividades formales y, mayormente, informales relatadas como “trabajo en negro”.

El gran número de prácticas, saberes, procesos, relaciones y actividades en las que se instituyó el trabajo para estas mujeres, no sólo les implicó un alto desgaste físico y emocional, al sumarse a sus actividades productivas y actividades reproductivas con su UD o con los movimientos sociales, actividades reproductivas que fueron adicionales a las respectivas actividades políticas con tales movimientos.

También les implicó grandes esfuerzos para conciliar su tiempo de trabajo y tiempo familiar. Por ejemplo, al sumar actividades como las reuniones quincenales obligatorias con los Bancos Comunales, siendo éste un requisito para acceder a los microcréditos destinados a su microemprendimiento. O su asistencia a los Bancos Comunales como parte de la junta directiva, inspeccionado que las otras mujeres cumplieran con las responsabilidades demandadas para mantener su microcrédito.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Luis Enrique. 1999. Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial. Madrid: Editorial Trotta.
- Alonso, Guillermo y Di Costa, Valeria. 2011. *Cambios y continuidades en la política social argentina, 2003-2010*. Ponencia. VI Congreso Argentino de Administración Pública. Ciudad de Resistencia, Chaco.
- Arriagada, Irma. 2004. *Tendencias de las familias latinoamericanas en la última década*. Seminario la familia y la vida privada ¿Transformaciones, tensiones, resistencias y nuevos sentidos? Santiago de Chile.
- Ayos, Emilio. 2011. *Políticas sociales y prevención del delito: la construcción de la noción de “jóvenes en conflicto con la ley penal”*. Ponencia. V Encuentro Internacional Políticas Públicas y Trabajo Social. Aportes para la reconstrucción de lo público. Universidad de Buenos Aires.
- Barsotti, Carlos. 1981. “La organización social de la reproducción de los agentes sociales, las unidades familiares y sus estrategias.” *Revista demografía y economía* 15, no. 2: 164-189.
- Benería, Lourdes. 1984. *Reproducción, producción y división sexual del trabajo*. Programa de Capacitación, Documento CMD-13. Santiago de Chile: ILPES.
- Bergesio, Liliana y Golovanevsky, Laura. 2005. *Vulnerabilidad y pobreza en la “nueva ciudad” el caso del barrio Alto Comedero en San Salvador de Jujuy*. Ponencia. 7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo "Nuevos escenarios en el mundo del trabajo: rupturas y continuidades". Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Berger, Peter y Luckmann, Thomas. 2001. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Borderías, Cristina y Carrasco, Cristina. 1994. “Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas.” *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: FUHEM-ICARIA.
- Bottaro, Lorena. 2012. “Sentidos, representaciones y prácticas de trabajo en organizaciones comunitarias de la Región Metropolitana de Buenos Aires. Un análisis comparativo.” *Trabajo y Sociedad*, no. 19: 167-187.

- Bruner, Jerome. 1988. *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona: Gedisa S. A.
- Carbonetti, Clara; Muñoz, Ruth; Ozomek, Sabina; Verbeke, Griselda. 2007. *Las finanzas y la Economía Social. Experiencias Argentinas*. Colección Lecturas de Economía Social no. 58. Buenos Aires: Instituto del Conurbano/Coedición UNGS/Editorial Altamira.
- Carrasco, Cristina. 2001. "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?." *Mientras Tanto*, no. 82: 1-26.
- Carrasco, Cristina. 2005. "La economía feminista: una apuesta por otra economía." *Escritos sobre género y economía*. Madrid: Akal.
- Castel, Robert. 2006. *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Coraggio, José Luis. 1991. "Del sector informal a la economía popular: un paso estratégico para el planteamiento de alternativas populares de desarrollo social". *Más allá de la informalidad*. Quito.
- Coraggio, José Luis. 2004a. *La gente o el capital. Desarrollo local y economía del trabajo*. Buenos Aires: Editorial espacio.
- Coraggio, José Luis. 2004b. "Economía del trabajo". *La otra economía*. Buenos Aires: Editorial Altamira.
- Castoriadis, Cornelius. 1998. "La cuestión de la autonomía social e individual." *Contra el poder*, no. 2.
- Cravino, Cristina. 2004. "El barrio concebido como comunidad. Reflexiones acerca de algunos supuestos presentes en la focalización territorial de políticas asistenciales." *Cuaderno urbano*, no. 4: 75-98.
- Danani, Claudia. 2004. "El alfiler en la silla: sentidos, proyectos y alternativas en el debate de las políticas sociales y de la economía social." *Política social y economía social. Debates fundamentales*. Buenos Aires: Editorial Altamira.
- Danani, Claudia y Hintze, Susana. 2013. "Seguridad social y condiciones de vida la protección social en la Argentina entre 2002 y 2012.", *Voces en el fénix*, no. 23: 44-51.
- De la Garza Toledo, Enrique. 2001. "Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo." *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*. Buenos Aires: CLACSO.

- Esping-Andersen, Gosta. 1993. *Los tres mundo del Estado de Bienestar*. Valencia: Institucio Alfons El Magnànim.
- Espino, Alma. 2003. *Un marco de análisis para el fenómeno de las políticas de desarrollo productivo con enfoque de género*. Reunión de especialistas sobre derecho productivo, empleo y equidad de género en América Latina. Montevideo.
- Estrada, Ángela María. 2010. "Recursos crítico-interpretativos para la psicología social." *Revista colombiana de psicología* 19, no. 2: 261-270.
- Feyerabend, Paul Karl. 1981. *Contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Barcelona: Ariel.
- Foucault, Michel. 1987. *La arqueología del saber*. México: Editores Siglo XXI.
- Frade, Carlos. 2007. "Gobernar a otros y gobernarse a sí mismo según la razón política liberal." *Revista española de investigaciones sociológicas* 119, no. 7: 35-63.
- García, Joaquín. 2004. "La condición humana y los relatos de vida." *Iglesia viva: revista de pensamiento cristiano*, no. 220: 9-24.
- Gergen, Kenneth. 2007. *Construccionismo social. Aportes para el debate y la práctica*. Bogotá: Uniandes-Ceso.
- Glaser, Barney y Strauss, Anselm. 1967. *The Discover of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine Publishing Company.
- Grassi, Estela; Hintze, Susana y Neufeld, María Rosa. 1994. *Políticas Sociales, Crisis y Ajuste Estructural: Un análisis del Sistema Educativo, de Obras Sociales y de las Políticas Alimentarias*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Grassi, Estela. 2003a. "Condiciones de trabajo y exclusión social. Más allá del empleo y la sobrevivencia." *Revista Latinoamericana de Política Social*, no. 7: 137-142.
- Grassi, Estela. 2003b. *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Grassi, Estela. 2009. "La normalidad del trabajo, empleos normales y vidas de trabajo: razones para trabajar." *Rev. Katál. Florianópolis* 12, no. 2: 226-234.
- Grassi, Estela y Danani, Claudia. 2009. *El mundo del trabajo y los caminos de la vida. Trabajar para vivir, vivir para Trabajar*. Buenos Aires: Editorial espacio.

- Gorz, André. 1998. *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires/Barcelona/México: Paidós.
- Hintze, Susana. 2004. "Capital social y estrategias de supervivencia. Reflexiones sobre el capital social de los pobres." *Políticas sociales y economía social: debates fundamentales*. Buenos Aires: Editorial Altamira.
- Hintze, Susana. 2007. *Políticas sociales argentinas en el cambio de siglo: Conjeturas sobre lo posible*. Buenos Aires: Espacio.
- Hoop, Malena. 2009. "Planes sociales, contraprestación y las huidas de la asistencia." *El mundo del trabajo y los caminos de la vida. Trabajar para vivir; vivir para trabajar*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Jones, Daniel, Manzelli, Hernán y Pecheny, Mario. 2007. "La teoría fundamentada: su aplicación en una investigación sobre vida cotidiana con VIH/sida y con hepatitis C." *Metodologías Cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos*. Buenos Aires: Biblos.
- Kant, Immanuel. 2010. *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Aguilar.
- Lindenboim, Javier y Danani, Claudia. 2003. *Entre el trabajo y la política. Las reformas de las políticas sociales argentinas en perspectiva comparada*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Merlinsky, María Gabriela. 1997. "Hábitat, territorio y microemprendimientos en el conurbano." *Postales urbanas del final del milenio. Una construcción de muchos*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Merlinsky, María Gabriela. 2000. *Desocupación y crisis en las imágenes de Género*. Ponencia. XXII international congress of the Latin American Studies Association. Session 14. Negotiating neo-liberal modernizations: challenges and impact of the changing political economy. Miami.
- Meyer, Nicolás. 2012. "Finanzas solidarias y democratización del dinero." *La revista del CCC* 5, no. 14/15.
- Neffa, Julio Cesar. 2001. "Presentación del debate recién sobre el fin del trabajo." *El trabajo del futuro. El futuro del trabajo*. Buenos Aires: CLACSO.
- Neffa, Julio Cesar. 2008. *Sector informal, precariedad, trabajo no registrado*. Ponencia. Noveno Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. El trabajo como cuestión central. El escenario postconvertibilidad y los desafíos frente a

- la crisis económica mundial. Grupo ocho: Cambios en el trabajo: reestructuración, tercerización y deslocalización de la producción. Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.
- Neffa, Julio César. 2009. “El Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJyJHD) Análisis de sus características y objetivos. Fortalezas y debilidades.” *Trabajo, empleo, calificaciones profesionales, relaciones de trabajo e identidades laborales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Olivares, Orlando. 2010. “Meaning Making, Uncertainty Reduction, and the Functions of Autobiographical Memory: A Relational Framework.” *Review of General Psychology* 14, no. 3: 204-211.
- Picchio, Antonella. 1994. “El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado laboral.” *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: FUHEM-ICARIA.
- Quiroga Díaz, Sandra Natalia. 2009. *Economía feminista y economía social y solidaria. Contribuciones a una crítica de las nuevas políticas de combate a la pobreza*. Tesis de maestría en economía social, II edición (2005-2007). Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Rodríguez, Maricel. 2011. “Participación ciudadana no institucionalizada, protesta y democracia en Argentina.” *Íconos Revista de Ciencias Sociales*, no. 40: 89-103.
- Russell, Bertrand. 1988. *Los problemas de la filosofía*. Madrid: Labor S.A.
- Saenz, Álvaro y Di Paula, Jorge. 1981. “Precisiones teórico-metodológicas sobre la noción de estrategias de existencia.” *Revista demografía y economía* 15, no. 16: 149-163.
- Sarria Icaza, Ana Mercedes y Tiriba, Lia. 2004. “Economía Popular.” *La otra Economía*. Buenos Aires: Editorial Altamira.
- Schmukler, Beatriz y Di Marco Graciela. 1997. *Madres y democratización de la familia en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Strauss, Anselm y Corbin, Juliet. 1994. “Grounded Theory Methodology. An Overview.” *Handbook of Qualitative Research*. California: Sage.
- Topalov, Christian. 1979. *La urbanización capitalista algunos elementos para su análisis*. México: Edicol.

Torrado, Susana. 1982. *El enfoque de las estrategias familiares de vida en América Latina. Orientaciones teórico metodológicas*. Buenos Aires: Cuadernos del CEUR.

Weller, Jurgén. 2000. *Reformas económicas, crecimiento y empleo: los mercados de trabajo en América Latina y el Caribe*. CEPAL. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.